ROGER POELMAN

EL NÚMERO 40

SU SENTIDO RELIGIOSO EN LA BIBLIA

CUADERNOS PHASE
246
Centre de Pastoral Litúrgica de Barcelona

Director de Cuadernos Phase: Josep Urdeix

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona
Tel. (+34) 933 022 235 - wa 619 741 047
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: septiembre de 2018

ISBN: 978-84-9165-152-9
Depósito legal: B 18889-2018
ISSN: 1988-1738

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción 7

Capítulo I. Los cuarenta días del diluvio 9
Mensaje religioso del diluvio 11
El Nuevo Testamento comenta este misterio del diluvio .. 17

Capítulo II. Las cuaresmas de Moisés en el Horeb-Sinaí 19
Primera cuaresma de Moisés 19
El becerro de oro 21
La Tienda del Encuentro 25
La segunda cuaresma de Moisés 28
El rostro velado 31
El Señor de la gloria 32
El Pueblo de la Alianza 33

Capítulo III. La ruta de Elías 35
El sacrificio del Carmelo 36
El hastío de la vida 39
El pan del camino 40
La vocación renovada 41
La transfiguración 43

Capítulo IV. El libro de Jonás 47
Jonás, rebelde a su misión 48
Jonás, salvado 50
Conversión de Nínive y perdón divino..... 52
Despecho de Jonás y respuesta divina 54

Capítulo V. Los cuarenta años del Pueblo de Dios en el desierto 55
El paso del Mar Rojo 57
Cuarenta años de castigo 60
Cuarenta años de gracia y de preparación 62
El maná 64
El agua de la roca 65
La columna de luz 69

Capítulo VI. La gran cuaresma de Jesucristo 75
El paso del Jordán 75
El bautismo de Jesús 77
Oímos al principio la voz del Padre 78
Aparece el misterio de *Cristo* 79
El Espíritu desciende sobre Cristo y permanece en Él 79
Los cuarenta días en el desierto 80
Y ante todo el desierto 81
Ayuna y ora 84
Primera tentación 85
Segunda tentación 86
Tercera tentación 87

Capítulo VII. Los cuarenta días de la consumación 91
Contraste entre las dos cuarentenas 91
Contraste en el modo de presencia 91
Contraste entre las tentaciones y los actos de gloria 93
Jesús prepara su Iglesia 94
La conversación sobre el Reino 95
Hechos que se iluminan 96
Jesús comenta la Escritura 96
Moisés 97
El Cordero de *Dios* 97
La serpiente de bronce 99
El sacrificio de Abel 100
Los Profetas 101
Los Salmos 108

Capítulo VIII. La Cuaresma de la Iglesia 113
El Demonio 113
El desierto 114
El ayuno 115
La oración 116
Hoy 117

Conclusión 121

Introducción

Los relatos de la prehistoria bíblica nos hablan del diluvio, un diluvio que alcanzó cuarenta días y cuarenta noches.

Y esta cifra –tan poco matemática– está preñada de simbolismo, es índice de una realidad. Pero, ¿de qué realidad se trata?

La cumbre del Horeb-Sinaí es por dos veces escenario de la cuarentena de Moisés en la Montaña. Pero también esta misma permanencia se manifiesta en una determinada perspectiva. ¿No estará esta íntimamente relacionada con la del Diluvio?

El libro de los Reyes nos advierte que, cuando Elías se dirige hacia el Sinaí para encontrarse allí con el Señor y renovar su vocación, se prolonga su camino cuarenta días y cuarenta noches: se repite de nuevo el mismo tema.

Y aquel plazo de gracia y penitencia que anuncia Jonás en Babilonia, ¿no tiene características que justifican también sus cuarenta días de duración?

Y cuando no se trata ya de un solo hombre sino de la vocación de todo un pueblo –¡el pueblo de Dios!– los cuarenta días, se convierten en cuarenta años en la soledad del desierto. ¿No hay motivo para extrañarse de la persistencia del mismo símbolo?

Jesucristo va a comenzar su vida pública. Sale del agua del Jordán. Y ¿cuál pensamos que va a ser su primera acción, «impulsado por el Espíritu Santo»? Se retira a la montaña, durante cuarenta días y cuarenta noches, en el desierto de Karantal.

Y cuando Cristo resucita de entre los muertos, el evangelio nos habla de unos últimos cuarenta días, antes de su ascensión a los cielos. Hasta los mismos evangelistas, pues, son llevados

por la pedagogía de Dios, penetran en esta problemática de la Sagrada Escritura.

Sin duda, si logramos desentrañar la luminosidad de este misterio, comprenderemos mejor esa Cuaresma anual que propone la Iglesia a los cristianos.

Los cuarenta días del diluvio culminan en la alianza de Noé; los cuarenta días de Moisés y los cuarenta años del pueblo escogido están abocados a la alianza del Sinaí.

Los cuarenta días de Jesús en el desierto preparan la alianza nueva y eterna de la Pascua, y los cuarenta días de la consumación preludian la entronización en el cielo del único Mediador entre Dios y los hombres.

Los cuarenta días de Elías saciarán el alma del profeta en la misma fuente de la alianza mosaica, y el plazo de Jonás extenderá sus beneficios hasta el pueblo pagano de Nínive.

La Cuaresma de la Iglesia prepara la renovación de la Alianza definitiva en la noche de Pascua. Por eso todos cuantos han sido sumergidos en el agua bautismal, limpios de todo pecado, alimentados con el maná eucarístico, ¡pueden caminar con el fruto nuevo de su vida hacia la Montaña de la Visión!

Capítulo I

Los cuarenta días del diluvio

Y llovió sobre la tierra durante cuarenta días
y cuarenta noches.

Los primeros capítulos del Génesis nos brindan su contenido de realidades teológicas y perspectivas de fe, valiéndose de imágenes y tradiciones de origen diverso, provenientes sobre todo de Mesopotamia y de su patrimonio ambiental.

Pero es muy difícil indicar exactamente el trasfondo originario de todas estas imágenes e ideas. En cualquier hipótesis, el autor sagrado las escoge, las purifica y marca con su sello peculiar. A través de ellas hace llegar hasta nosotros la revelación de Dios. Podemos advertirlo en la historia de Caín y Abel, en la inacabada torre de Babel, en la narración del diluvio.

Por lo que se refiere al diluvio, en particular, los exegetas distinguen varias tradiciones incorporadas en el texto. La primera es la que se ha dado en llamar «Yahvista», por el nombre con que designa a Dios, «Yahvé». Corría de boca en boca en tiempo de los patriarcas, al amor de las tiendas en la tierra de Canaán. Y se transmitió de padre a hijo, a través de los cinco siglos de permanencia en tierra de Gessén, en el Delta del Nilo. Hasta que fue de nuevo repetida en el desierto de Sinaí o durante las largas acampadas en los oasis. Y así, hasta que aproximadamente hacia el año 800 antes de Jesucristo, toda esta tradición fue recogida y elaborada por un autor anónimo. Nos hallamos en el momento

del cisma entre los dos reinos de Judá e Israel. Nuestro «yahvista» reside hacia el sur, cerca de Jerusalén. Refiere los relatos sin pujos, con naturalidad y viveza. Es concreto, hondamente psicólogo, descriptivo; podemos decir que lo contempla todo en la presencia de Yahvé, el Señor –como traducimos aquí a trancas y barrancas–. No tiene más perspectiva que la religiosa, pero es al mismo tiempo profundamente humano: nos refiere una historia de la gracia.

Pero la obra de este escritor anónimo no es la única que conocemos, ya que está estrechamente unida a la de otro. Un autor procedente del reino del Norte, de Israel. También él escribió, años más tarde, una historia de los orígenes. Lo llamamos «Elohista», porque da a Dios el nombre de Elohim. Su estilo y su propósito tienen características bien definidas. No se remonta tan allá como el yahvista, y por eso no nos dirá nada del diluvio. Y, en cierto sentido, tiene algo más de teológico. Su estilo es también más solemne. Llegaron sus escritos a Jerusalén traídos por los fugitivos, cuando la caída del Reino del Norte, en el año 722. Ambas tradiciones se mezclaron entonces. Y las dos se han conservado tan íntimamente unidas que no podemos reconocerlas ahora separadamente. De ahí la modestia y prudencia que han de acompañar a las conjeturas de los exegetas cuando tratan de discernir cada una de ellas. Y de ahí también que el mensaje único quede iluminado por un doble foco convergente, como esas estatuas cuyo relieve queda tan admirablemente realzado por la luz de múltiples proyectores ocultos.

Pero se da además en el Génesis una tercera fuente, que va a sernos de especialísimo interés para el relato del diluvio. Se trata de la llamada fuente sacerdotal. Recordemos que en el exilio fue cuando se inició la gran renovación del pensamiento religioso del Pueblo de Dios. Cuando, en el año 587, llegó a su nueva tierra de Babilonia, lo había perdido prácticamente todo: su patria, sus reyes, su Templo. Las largas filas de deportados llevaban en sus ojos el recuerdo de un último horror: el incendio de Jerusalén y del único Templo en la tierra del Verdadero Dios.

Tampoco había culto en el exilio. ¿Estaba, pues condenado a desaparecer por completo? Ciertamente no. Tuvo entonces lugar

un fenómeno extraordinario de unión y de vitalidad. Comenzaron aquellas reuniones de oración y enseñanza religiosa, que se llamaron «sinagogas», es decir, asamblea. En aquel momento la Palabra de Dios volvió a crear su Pueblo. Habían llevado consigo al exilio todo cuanto poseían hasta entonces de las Sagradas Escrituras, de la historia sagrada. Dios suscitó hombres de gran talla, profundamente religiosos, los Profetas del exilio –sobre todo el autor del segundo Isaías (los capítulos 40 a 55 de *Isaías*)– y el sacerdote-profeta Ezequiel. Ellos comentaron la historia del pasado para iluminar el presente y dirigir su esperanza hacia el futuro. Estaba también el grupo de los sacerdotes, llegados con el pueblo al exilio. Fueron los intérpretes, los lectores, conservadores y copistas de la Sagrada Escritura. Fue este un tiempo en que se copiaron de nuevo todos los textos, se releyeron, se agruparon y pensaron detenidamente, pues esta era la posesión que daba verdadera unidad al Pueblo exiliado.

Y así durante los años del exilio y hasta poco después del retorno a Tierra Santa, se dieron los últimos toques a lo que llamamos el «Código Sacerdotal». Reuniendo y ordenando las tradiciones escritas hasta entonces los «sacerdotes-escribas» compusieron el libro del Levítico y transcribieron, retocaron –reeditaron, diríamos ahora– los libros de *Números*, el *Éxodo* y el *Génesis*. En los episodios del diluvio encontraremos su influencia y sus huellas unidas a las de la corriente yahvista.

Mensaje religioso del diluvio

¿Cuál es el mensaje religioso de los cuarenta días del diluvio tal como nos ha llegado a través de estas diversas fuentes, tal como lo tenemos ahora ante nuestros ojos en la Biblia?

> Al ver el Señor que la maldad del hombre crecía sobre la tierra y que todos los pensamientos de su corazón tienden siempre y únicamente al mal, el Señor se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra y le pesó de corazón. Dijo, pues, el Señor: «Voy a borrar de la superficie de la tierra al hombre que he hecho, junto con los cuadrúpedos, reptiles y aves del cielo, pues me pesa haberlos hecho». Pero Noé obtuvo el favor del Señor.
>
> Gn 6,5-8

Desgraciadamente, su primera luz queda proyectada sobre la corrupción de los hombres. Realidad religiosa fundamental para que comprendamos nuestra vida ante Dios.

Se ha narrado el pecado de Adán, la aparición de la muerte en el pecado de Caín, y, ahora, la civilización pujante se va corrompiendo cada vez más. A lo largo del día el corazón del hombre se inclina únicamente hacia el mal. Su creación y su libertad parecen haber sido un fracaso. Fracaso que toca muy de cerca al mismo Dios.

Los términos sencillos y antropomórficos, si bien se consideran, resultan asombrosos. El Señor se arrepiente de haber hecho al hombre. El texto subraya este punto: «El hombre que he hecho». Dios que había creado al hombre a su imagen con amor, ahora debe borrarlo. Pero un rayo de luz penetra en el último versículo: «Noé obtuvo el favor del Señor». Hay alguien que ha respondido, que es digno de amor. Existe una rama, una porción de la humanidad que puede ser plantada de nuevo. Este es el mensaje.

El viejo relato yahvista narra aquí el proyecto al que Noé está asociado. Una inundación enviada por Dios lo arrasará todo para que todo pueda comenzar de nuevo. Noé siguiendo las indicaciones divinas debe construir un arca cuyas dimensiones van a ser la expresión sensible de la Providencia, del amor y de la sabiduría de Dios. Noé estará bajo la protección de Dios durante la tempestad, acompañado de los suyos y de una representación de la creación primera, «un resto». El relato prosigue:

> El Señor dijo a Noé: «Entra en el arca con toda tu familia, pues tú eres el único justo que he encontrado en tu generación. De cada animal puro toma siete parejas, macho y hembra; de los no puros, una pareja, macho y hembra; y lo mismo de los pájaros, siete parejas, macho y hembra, para que conserven la especie en la tierra. Dentro de siete días haré llover sobre la tierra durante cuarenta días con sus noches, y borraré de la superficie del suelo a todos los vivientes que he hecho».
>
> Noé hizo todo lo que le mandó el Señor.
>
> Gn 7,1.5

La paciencia; de Dios concede el último plazo, después caerá el azote terrible y devastador para los malos, aunque la salvación del último justo permitirá un nuevo comienzo. Así es como la historia santa ve las cosas y comprende este diluvio del que hablaban ya las antiguas narraciones babilónicas.

A la llamada, Noé no responde con palabras sino con una acción: «Con Noé todas las criaturas entraron, macho y hembra, como se lo había mandado Dios. Y tras él cerró el Señor la puerta» (7,16b). En su sencillez este versículo es elocuente: hay que abandonarse a la gracia. Entramos en el famoso período cuadragesimal bíblico. Al mismo tiempo se subrayan el aspecto «castigo» y el aspecto «gracia»:

> Aquel día reventaron las fuentes del gran abismo y se abrieron las compuertas del cielo[1] y estuvo lloviendo sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches.

y más adelante:

> El diluvio duró cuarenta días sobre la tierra; el agua creció y levantó el arca, que se alzó por encima de la tierra. Perecieron todas las criaturas...
>
> Todo lo que exhalaba aliento de vida, todo cuanto existía en la tierra firme, murió. Así fueron exterminados todos los seres de la superficie del suelo, desde los hombres hasta los ganados, los reptiles y las aves del cielo; todos fueron exterminados de la tierra. Solo quedó Noé y los que estaban con él en el arca.
>
> Gn 7,12.17.22-23

El juicio de esta época aparece en esta destrucción total y en la salvación del justo y por él la de todos los suyos. Al final de esta larga cuaresma, «Dios se acordó de Noé y de todos los que estaban con él en el arca». Este recuerdo de Dios nos hace pensar en la gracia. Si Dios se acuerda de nosotros todo permanece en la luz, en la paz. El relato continúa con su deliciosa ingenuidad:

> Pasados cuarenta días, Noé abrió la claraboya que había hecho en el arca y soltó el cuervo, que estuvo saliendo y retornando hasta

1 «Y dijo Dios: "Exista un firmamento entre las aguas, que separe aguas de aguas"», Génesis 1,7: «Es el retorno al caos», así lo nota la *Biblia de Jerusalén.*

que se secó el agua en la tierra. Después soltó la paloma, para ver si había menguado el agua sobre la superficie del suelo. Pero la paloma no encontró donde posarse y volvió al arca, porque todavía había agua sobre la superficie de toda la tierra. Él alargó su mano, la agarró y la metió consigo en el arca.

Esperó otros siete días y de nuevo soltó la paloma desde el arca. Al atardecer, la paloma volvió con una hoja verde de olivo en el pico.

Noé comprendió que el agua había menguado sobre la tierra. Esperó todavía otros siete días y soltó la paloma, que ya no volvió.

Noé abrió la claraboya del arca, miró y vio que la superficie del suelo estaba seca.

Gn 8,6-12.13b

Estas imágenes no pueden ser olvidadas. Cautivaron nuestra infancia, pero ¿cuál es su mensaje religioso? Esto es lo que nos ha de interesar en la Biblia. «Dentro de siete días haré llover», anunciaba el texto sagrado al principio del diluvio; e igualmente, al fin encontramos estos siete días para resaltar y encuadrar mejor el período de los cuarenta días. Es un último plazo.

Noé, como un navegante, suelta su paloma para ver si la tierra está cerca, y el ave que vuelve con su ramo de olivo es la expresión de la paz y de la salvación: todo reverdece, se restaura. Entonces Noé abre la claraboya del arca. Se le ve aparecer e inspeccionar el horizonte: ¡Tierra!

En el momento de abandonar el arca con el grupo de los salvados por la pura gracia de Dios, Noé aparece como un nuevo Adán. Y en la nueva creación, la primera imagen es un altar, el primer gesto un sacrificio.

Noé construyó un altar al Señor, tomó animales y aves de toda especie pura y los ofreció en holocausto sobre el altar. El Señor olió el aroma que aplaca y se dijo: «No volveré a maldecir el suelo a causa del hombre».

Gn 8,20-21a

¡Qué alegría! Dios acepta el sacrificio, le satisface, aspira con gusto su perfume.

A continuación escuchamos un canto que debe ser antiquísimo Y cuyo tema volverá a tomar el profeta Jeremías[2] y el apóstol san Pablo.[3] Es el canto de la creación en el ritmo de sus estaciones:

> Mientras dure la tierra
> no han de faltar siembra y cosecha,
> frío y calor,
> verano e invierno,
> día y noche.
>
> Gn 8,22

De este altar y de este sacrificio nace la iniciativa de alianza de parte de Dios.

¡La alianza! Dios quiere unirse a los hombres, ligarse a ellos de alguna manera. Ya desde el primer instante esta iniciativa esboza la alianza nupcial: «Quien te desposa es tu Hacedor» (Is 54,5).

> Dios dijo a Noé y a sus hijos: «Yo establezco mi alianza con vosotros y con vuestros descendientes, con todos los animales que os acompañan, aves, ganados y fieras, con todos los que salieron del arca y ahora viven en la tierra.
>
> Establezco, pues, mi alianza con vosotros: el diluvio no volverá a destruir criatura alguna ni habrá otro diluvio que devaste la tierra». Y Dios añadió: «Esta es la señal de la alianza que establezco con vosotros y con todo lo que vive con vosotros, para todas las generaciones: pondré mi arco en el cielo, como señal de mi alianza con la tierra».
>
> Gn 9,8-13

Notemos que en estos recuerdos de la prehistoria concernientes a los cuarenta días del diluvio y su consolador final, no se hace mención todavía de particularismos hacia un pueblo. La alianza con Noé se dirige a toda la creación. Es universal.

¿Creeremos que los pecados de los hombres disgustaron a Dios, que las aguas del diluvio apagaron su amor?

---

2 Jeremías 5,24.
3 Hechos de los Apóstoles 14,17.

> Es fuerte el amor como la muerte.
> Las aguas caudalosas no podrán apagar el amor,
> ni anegarlo los ríos.
>
> Ct 8,6-7

El arco iris es un signo que Dios escoge, como el agua y el aceite, como el fuego y como el pan. Hace brillar el prisma de todos los colores. Es la aurora de una nueva fase de misericordia y de paz.

Cuando, en el Apocalipsis, san Juan tiene la visión del cielo, ve en primer lugar el trono de Dios. Ante el trono un mar de cristal: «y había un arco iris alrededor del trono de aspecto semejante a una esmeralda».[4] En la gran liturgia del cielo, la paz y la misericordia rodean el trono de Dios. Más adelante, Juan nos describe la llegada de uno de los más bellos ángeles del Apocalipsis:

> Y vi otro ángel poderoso que descendía del cielo envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza; su rostro era como el sol y sus piernas como columnas de fuego.
>
> Tenía en la mano un librito abierto. Puso el pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra; y gritó con voz potente como ruge el león. Y cuando gritó, los siete truenos hablaron con sus voces. Y cuando hablaron los siete truenos, iba yo a escribir, pero oí una voz del cielo que decía: «Sella lo que han dicho los siete truenos, y no lo escribas». El ángel que había visto de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó la mano derecha al cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos, el que creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y cuanto contiene, el mar y cuanto contiene: «Se ha terminado el tiempo; cuando el séptimo ángel empuñe su trompeta y dé su toque, entonces, en esos días, se habrá cumplido el misterio de Dios, según la buena nueva que había anunciado a sus siervos los profetas».
>
> Ap 10,1-7

El arco iris del Génesis anuncia la misericordia de Dios con el tiempo de la primera creación: las semillas y la cosecha, los días y las noches. Este Ángel del Apocalipsis viene a anunciar el fin de los tiempos. Está aureolado del misterio de misericordia y de paz para todos los salvados. Toma posesión de la creación. Con

4 Apocalipsis 4,2-6.

un pie sobre el mar, con un pie sobre la tierra, con la mano levantada hacia el cielo, anuncia que ya no habrá más tiempo, que el misterio de Dios va a ser consumado.

> Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar ya no existe.
>
> Ap 21,1

La ciudad santa, la nueva Jerusalén, puede descender del cielo, desde Dios, como una recién casada.

El Nuevo Testamento comenta este misterio del diluvio

> La paciencia de Dios aguardaba, en los días de Noé, a que se construyera el arca.
>
> 1Pe 3,20

Hay un plazo de tregua. Pero no nos engañemos, llegará un momento en que todo se restablecerá definitivamente.

El autor de la epístola a los Hebreos y el mismo Jesucristo subrayan este trazo teológico del Génesis.

> Por la fe, advertido Noé de lo que aún no se veía, tomó precauciones y construyó un arca para salvar a su familia; por ella condenó al mundo y heredó la justicia que viene de la fe.
>
> Heb 11,7

Estamos ante el caso típico de la interpretación de la Escritura por la Escritura. La epístola a los Hebreos nos introduce en el signo dado por el Génesis: todo se ve desde el misterio de la fe y de la salvación, del temor y de la justicia. La Escritura da su fruto pleno, habla de su objeto propio, es el libro de Dios y de los hombres.

Y Jesucristo nos dice también lo mismo:

> En los días antes del diluvio, la gente comía y bebía, se casaban los hombres y las mujeres tomaban esposo, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre.
>
> Mt 24,38-39

Jesús nos advierte que la teología de la prehistoria es significativa y simbólica. Nos enseña además la actitud que debemos tener: «Velad pues, porque no sabéis qué día va a venir vuestro Maestro». Es el mensaje que reaparece a lo largo de todas las parábolas escatológicas en perfecto paralelismo con el pasaje que acabamos de citar.

Para Cristo el Diluvio es algo más que un simple ejemplo, una comparación sacada de un repertorio de imágenes. Se trata, como decía san Juan, de la consumación del misterio de Dios.

Y los primeros predicadores del Evangelio así también lo anunciaron:

> Sabiendo, ante todo, que en los últimos días vendrán burlones con todo tipo de burlas, que actuarán conforme a sus propias pretensiones y dirán: «¿En qué queda la promesa de su venida? Pues desde que los padres murieron todo sigue igual, como desde el principio de la creación».
>
> Porque intencionadamente se les escapa que desde antiguo existieron unos cielos y también una tierra surgida del agua y establecida en medio del agua gracias a la palabra de Dios; por eso el mundo de entonces pereció anegado por el agua.
>
> Pero ahora los cielos y la tierra custodiados por esa misma palabra están reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.
>
> Mas no olvidéis una cosa, queridos míos, que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día.
>
> 2Pe 3,3-8

El autor de la segunda epístola de san Pedro presenta el fin del mundo por el fuego como un eco escatológico de aquella primera purificación del mundo por el agua. Son las mismas realidades: el pecado, la gracia, el juicio.

El Antiguo Testamento es el esbozo de las realidades del Nuevo Testamento que prepara e *inaugura* las realidades eternas.

Capítulo II

Las cuaresmas de Moisés en el Horeb-Sinaí

Al cabo de cuarenta días y de cuarenta noches,
el Señor me dio las tablas de la Alianza.

Primera cuaresma de Moisés

La primera cuarentena bíblica terminaba con la Alianza de Dios y Noé. El segundo y tercer períodos de cuarenta días asientan el testamento mosaico.

Con gran majestad ambos períodos se sitúan en el marco del Sinaí. Ornato caótico de montañas abruptas, rocas rojas de pórfido profundamente barrancosas, con algunas señales de basalto negro y de pizarra amarilla. Austera y solitaria, la cumbre del Djebel Mousa descubre en abanico un prestigioso panorama, a 2.285 metros de altura. Es el lugar donde la tradición sitúa las dos cuaresmas de Moisés.

El Señor ha arrancado a su Pueblo de Egipto, lo ha conducido a través del desierto y lo ha guiado hacia sí, para hacer de él un reino de sacerdotes y una nación consagrada. Ha llegado la hora de la alianza. Dios va a promulgar en seguida su texto. La muchedumbre acampa en la llanura de Er Raha, vasto espacio encuadrado por una alta muralla de rocas. Dios llama a Moisés sobre la Montaña del Horeb-Sinaí.

> La gloria del Señor descansaba sobre la montaña del Sinaí y la nube cubrió la montaña durante seis días. Al séptimo día llamó a Moisés desde la nube.
>
> El aspecto de la gloria del Señor era para los hijos de Israel como fuego voraz sobre la cumbre de la montaña. Moisés se adentró en la nube y subió a la montaña. Moisés estuvo en la montaña cuarenta días y cuarenta noches.
>
> Ex 24,16-18

La preservación del texto es muy significativa.[1] En primer lugar el cuadro de la Montaña cubierta por la nube y un fuego devorador sobre la cima. Nube y fuego son signos de la gloria de Dios que se comunica: lo que de la gloria de Dios puede ser percibido por el hombre. Estos términos nube, fuego, gloria, tienen además una historia a través de toda la Biblia, del Antiguo al Nuevo Testamento, e incluso en la escatología. Moisés entra en la nube, a la llamada de Dios (¡nadie presumiría entrar en ella por iniciativa propia!) y permanece en la montaña cuarenta días y cuarenta noches: el hombre en presencia de Dios, en el misterio. El encuentro es inaudito. Los místicos, sucesivamente balbucieron algo parecido pero ninguno de ellos tuvo una vocación tan importante como Moisés.

Lo que caracteriza a esta cuarentena es ante todo un ayuno: «Me quedé en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua» (Dt 9,9). ¿Qué sustenta a Moisés? («Un alimento que vosotros no conocéis», Jn 4,32). La Palabra vivificante de Dios.

Moisés es el hombre de la palabra de Dios. La redacción definitiva del Éxodo, cuya intención es mostrar que todo el desarrollo de las instituciones nacionales y religiosas de Israel es la expresión misma de la voluntad de Dios, centra estas instituciones en la persona de Moisés situada en la cumbre del Sinaí. El primer versículo del capítulo 25 empieza con estas palabras: «El Señor habló a Moisés...» y el capítulo 31 termina así: «Cuando acabó de

1 Los textos del Éxodo que citamos en este capítulo son de diversos orígenes, Yahvista y Elohista sobre todo. Señalamos dos pasajes del Código sacerdotal: 24,15-18 y 34,29-35.

hablar con Moisés en la montaña del Sinaí, le dio las dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios». El ayuno y la oración disponen a recibir la Palabra de Dios. La verdadera hambre de Moisés era el hambre de Dios.

¿Tablas de piedra escritas por el dedo de Dios? El instrumento viviente del cual se sirve Dios para escribir, es el mismo Moisés. ¡La escritura de estas Tablas es la Escritura Santa de Dios!

Y ¿qué manifiestan las diez Palabras o, como decimos nosotros, los diez Mandamientos? ¿Qué son en definitiva? No se trata de una fantasía divina, del orden arbitrario de un tirano todopoderoso, sino de una gracia preciosa particular, de un Padre bueno e inteligente a sus hijos que ama.

¿Las diez Palabras? Es como si Dios dijese: «Hijos míos, mi Pueblo, Yo el único que sé lo que es el hombre a quien he creado a mi imagen y semejanza, indico aquí, para que no os engañéis, los diez caminos del Amor».

Cuando preguntaron a Jesús: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?». Jesús respondió de golpe, como si una ola profunda invadiese su alma: «Amarás al Señor tu Dios con *todo* tu corazón, con *toda* tu alma y con *todo* tu espíritu. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: amarás a tu prójimo como a ti mismo». Y añadía, dando así una exégesis de todo el Antiguo Testamento y en particular de las diez Palabras: «En estos dos mandamientos se sostienen toda la Ley y los Profetas».[2]

Estas son las diez palabras que Moisés trae de la Montaña en las tablas escritas por el dedo de Dios.

El becerro de oro

Durante esta primera cuaresma de Moisés, el pueblo elegido y amado, consagrado y escogido, «vuelve su corazón hacia Egipto» –siguiendo la expresión característica de la Biblia– bebe, come y canta alrededor del ídolo que él mismo se ha hecho y ofrece sacrificios sacrílegos al becerro de oro. Es hiriente el con-

2 Mateo 22,35-40.

traste entre el misterio que se consuma en la cumbre de la Montaña y la veleidad loca de la llanura:

> El pueblo, viendo que Moisés tardaba en bajar de la montaña, se reunió en torno a Aarón y le dijo: «Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros, pues a ese Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos qué le ha pasado».
>
> Aarón les contestó: «Quitadles los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e hijas, y traédmelos».
>
> Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro y se los trajeron a Aarón. Él los recibió, trabajó el oro a cincel y fabricó un becerro de fundición. Entonces ellos exclamaron: «Este es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto».
>
> Cuando Aarón lo vio, edificó un altar en su presencia y proclamó: «Mañana es fiesta del Señor».
>
> Al día siguiente se levantaron, ofrecieron holocaustos y presentaron sacrificios de comunión. El pueblo se sentó a comer y beber, y después se levantaron a danzar.
>
> Ex 32,1-6

¿Cuál es el sentido de este texto? Es el descarrío de la verdadera religión. No se trata en modo alguno de oponerse a Dios sino de «cosificarle», hacerlo suyo, ponerlo a su alcance. No se aceptan sus plazos, no se tiene paciencia, se adelantan y ordenan los acontecimientos por sí mismos: «Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros». Y naturalmente, Moisés, el enviado de Dios, es inmediatamente abandonado. «El discípulo no está por encima de su Maestro». ¡El personaje más triste de la historia es, tal vez, Aarón! Aarón es el hermano de Moisés, él será el sumo sacerdote. Para hacer un Dios se necesita oro.[3] Se acuerdan de las imágenes de Egipto: el buey Apis, las procesiones y las fiestas. Qué ofensa para Dios, qué herida a su Amor, en el momento en que da los mandamientos, cuando se revela, cuando busca el corazón del hombre. ¡Y aquella parodia de liturgia! Lo más sagrado se convierte siempre en lo más abyecto cuando no es ya Dios quien lo dirige.

3 No se trata aquí del culto de las riquezas (de Mammón), como se dice a menudo. Por el contrario, el Pueblo ha sido generoso. Sin embargo la idolatría, el pecado contra la verdadera religión es siempre odioso.

Dios advierte a Moisés en el recogimiento de la Montaña:

> El Señor dijo a Moisés: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un becerro de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: "Este es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto"».
>
> Ex 32,7-8

Todo este pasaje se presenta de un modo muy humano, muy fino y atento a una especie de debate de conciencia para Moisés. ¿Os habéis fijado en esta palabra de Dios: este pueblo que «tú» has sacado de la tierra de Egipto? Asistimos ahora como a una tentativa de disociación entre Moisés al que Dios propone transformarse en una nueva raíz, y el Pueblo que Dios dice rechazar:

> Y el Señor añadió a Moisés: «Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso, déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo».
>
> Ex 32,9-10

No. Moisés jamás abandonará este pueblo. Toda la espiritualidad de Moisés es una espiritualidad de pastor. No existe más que para su rebaño, no se dejará separar de él, compartirá su suerte hasta el fin, lo salvará. ¿No es esta disposición enteramente parecida a Jesús, e imagen del Mediador de la Nueva Alianza? Moisés ejercerá el papel de intercesor que había ya desempeñado desde las plagas de Egipto a lo largo de la vida del Pueblo en el desierto. Veamos su exhortación y sobre todo la invocación de las promesas:

> Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? ¿Por qué han de decir los egipcios: "Con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra"? Aleja el incendio de tu ira, arrepiéntete de la amenaza contra tu pueblo.
>
> Acuérdate de tus siervos, Abrahán, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo: "Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de que he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea por siempre"».
>
> Ex 32,11-13

Tu Pueblo, decía Dios a Moisés. Tu pueblo, responde Moisés a Dios, recordando las maravillas divinas y los compromisos solemnes. Es el mejor método: recordar a Dios su Amor. El Éxodo acaba este pasaje notando: «Entonces se arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo». Cara a cara con su pueblo, Dios cambia: reparte «gracia».

Está bien. Lo esencial está a salvo. Moisés se volvió hacia Dios. Pero ahora mira al pueblo. Es profeta. Es necesario que Israel aprenda el sentido horrible del pecado: que ha roto la alianza, que es digno de muerte.

> Moisés se volvió y bajó del monte con las dos tablas del Testimonio en la mano. Las tablas estaban escritas por ambos lados; eran hechura de Dios y la escritura era escritura de Dios gravada en las tablas.
>
> Ex 32,15-16

Josué se ha reunido con Moisés. Al acercarse al campamento, oyen gritos. Josué teme que sea una batalla, pero Moisés comprende en seguida que son coros alternados. El campamento está de fiesta, en la alegría desenfrenada del culto, de la sombría liturgia de su becerro de oro.

> Al acercarse al campamento y ver el becerro y las danzas, Moisés, encendido en ira, tiró las tablas y las rompió al pie de la montaña.
>
> Ex 32,19

Piénsese en el texto que se refiere al diluvio: Dios dijo: «Voy a borrar al hombre que he creado». Es el despecho del Amor. Moisés rompe con gran escándalo las dos Tablas en las que estaba grabado el fundamento de la alianza. ¡Que comprenda el Pueblo este gesto profético! El becerro de oro es fundido, destrozado, pulverizado. Moisés hace beber a los hijos de Israel agua salpicada con este oro, manifestando así la comunidad del pecado. ¡Que beban su pecado, que penetre hasta sus entrañas! Todo termina en una purificación sangrienta y terrible. Después el pastor solidarizándose con su rebaño, reemprende el ir y volver del pueblo hacia el Señor.

> Al día siguiente Moisés dijo al pueblo: «Habéis cometido un pecado gravísimo; pero ahora subiré al Señor a expiar vuestro pecado». Volvió, pues, Moisés al Señor y le dijo: «Este pueblo ha cometido un pecado gravísimo haciéndose dioses de oro. Pero ahora, lo perdonas su pecado o me borras del libro que has escrito».
>
> Ex 32, 30-32

La Tienda del Encuentro

Encontramos aquí, en el texto del Éxodo, algunos versículos que forman un corto relato, procedente de otra tradición, pero muy sugestivo y, en lo que concierne a su contenido, muy relacionado con la escena del becerro de oro:

> Moisés levantó la tienda y la plantó fuera, a distancia del campamento, y la llamó «Tienda del Encuentro». El que deseaba visitar al Señor, salía fuera del campamento y se dirigía a la Tienda del Encuentro.
>
> Cuando Moisés salía en dirección a la tienda, todo el pueblo se levantaba y esperaba a la entrada de sus tiendas, mirando a Moisés hasta que este entraba en la tienda. En cuanto Moisés entraba en la tienda, la columna de nube bajaba y se detenía a la entrada de la tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés.
>
> Cuando el pueblo veía la columna de nube a la puerta de la tienda, se levantaba y se postraba cada uno a la entrada de su tienda.
>
> El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo.
>
> Ex 33,7-11

Se trata, pues, de una tienda particular que más tarde prestará al pueblo el mismo servicio que el Templo: es el lugar que Dios habita. A través del Mediador, Moisés, el Señor es consultado allí. ¿No será por causa del que penetra y de Aquel que reside allí, por lo que ha recibido un nombre tan expresivo: Tienda del Encuentro? ¿Qué encuentro? ¡El de Moisés y Dios!

Después del pecado del becerro de oro, con un gesto a la vez misterioso y significativo como una parábola, Moisés plantará esta Tienda a cierta distancia del campamento que queda

así separado de Dios. Porque, ¿no había roto la Comunidad la Alianza?

La entrada de Moisés en esta Tienda será algo así como un llamamiento para el Pueblo. El texto sugiere el respeto y el temor religioso que despierta esta marcha: se postran a la entrada de la tienda, en silencio, y siguen con la mirada al hombre de *Dios*. Cuando Moisés entra en la Tienda, la columna de nube aparece delante de la entrada. La nube que se muestra en el mismo momento en que Dios se manifiesta y se hace presente señala, en la tradición bíblica, la frontera entre el mundo visible y el invisible.

El Señor, entonces, habla con Moisés. ¡Es Él quien toma la iniciativa. Dios es quien tiene hambre del hombre! El texto sagrado queriendo expresar de alguna manera esta intimidad propiamente inefable, nos dice que el Señor habla con Moisés «cara a cara». Notemos, sin embargo, que esto no quiere decir que Moisés vea el rostro de Dios. Nadie aquí abajo puede ver a Dios sin morir.[4] Esto es algo constante desde todo el Antiguo al Nuevo Testamento. La visión cara a cara está reservada al más allá. «Caminamos en fe, no en visión».[5] «Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios».[6] Hay que reservar totalmente esta plenitud de alegría para lo que llamamos Cielo.

> Es lo que también afirma Pedro: «sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante».[7] «Nuestro rostro en efecto verá el rostro del Dios vivo y se regocijará, con una alegría inefable: vera su gozo».[8]

Moisés está «delante» de Dios, es decir, en presencia de su Señor. Por lo demás una presencia muy particular, más íntima que la de cualquier otro profeta.

---

4 Éxodo 33,20.
5 2 Corintios 5,7.
6 1 Corintios 13,12.
7 1 Pedro 1,8. *Haereses*, V, 7, 2.
8 San Ireneo, *Adversus Haerenses*, V, 7, 2.

En el momento en que Myriam y Aarón, sus hermanos, quieren poner en duda los privilegios de su hermano, el libro de los Números refiere este oráculo:

> Y el Señor les habló: «Escuchad mis palabras: si hay entre vosotros un profeta del Señor, me doy a conocer a él en visión y le hablo en sueños; no así a mi siervo Moisés, el más fiel de todos mis siervos. A él le hablo cara a cara; abiertamente y no por enigmas; y contempla la figura del Señor.
>
> Nm 12,6-8[9]

Nuestro pasaje tiene aún una palabra más bella: Dios habla con Moisés como un amigo habla con su amigo. La amistad de Dios, por mediación de Jesús, se extenderá a los Apóstoles: «A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer».[10]

Esta es, pues, la palabra suprema que califica las relaciones de Moisés con el Señor, su Dios, cuando está en la recóndita intimidad de la Tienda del Encuentro.

Esta Tienda evoca para nosotros el misterio de la oración, de esta presencia de todo hijo de Dios delante del Rostro del Padre, para un intercambio afectuoso para un coloquio de amistad.

---

9 Encontramos, en el *Deuteronomio* 18,15, una promesa puesta en boca de Moisés: «Cuando entres en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios... El Señor, tu Dios, te suscitará de entre los tuyos, de entre tus hermanos, un profeta como yo. A él lo escucharéis». Esta promesa estaba siempre muy viva todavía en el momento del Evangelio: «¿Eres tú el profeta?» pregunta la comisión de investigación venida de Jerusalén al Jordán, a Juan Bautista. Después de la multiplicación de los panes, la muchedumbre se dice, a propósito de Jesús: «Este es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo» (Jn 6, 14). Y cuando se discute sobre él, en Jerusalén, unos dicen: «Verdaderamente este es el profeta» mientras los otros arguyen a su vez: «que de Galilea no salen profetas» (Jn 7,40-52). En los *Hechos de los Apóstoles*, finalmente, Pedro y después Esteban, se apoyan ambos en el pasaje del *Deuteronomio*, explícitamente citado, para dar testimonio de Jesús (Hch 3,22-23 y 7,37).

10 Juan 15,15.

La segunda cuaresma de Moisés

Aquí se inicia la segunda cuaresma de Moisés. Es invitado por Dios a tallar dos Tablas de piedra parecidas a las primeras y a subir hacia Él subiendo la Montaña: «Espérame allí en la cima de la Montaña», dice el texto del Éxodo. El primer período tenía el aspecto de una comunicación divina y el ambiente era el que conviene a la criatura ante la inefable manifestación de Dios. Este segundo período tiene un sentido más claro de penitencia y de intercesión. Esta segunda cuaresma, sin embargo, nos aporta una de las más bellas teofanías de todo el Antiguo Testamento. ¡La penitencia es frecuentemente la ocasión de las delicadezas del Amor!

Después de algunas oraciones como final de las que hemos ya recordado y que nos parecían algo así como una especie de lucha con Dios, Moisés hace esta petición tan emocionante y tan llena de anhelo: «¡Muéstrame tu gloria!».

¿La gloria de Dios? Aquello que de Dios puede ser descubierto por el hombre, decimos nosotros. ¿Cómo se atreve Moisés a hablar así? ¿Es la intimidad del lugar en la cumbre del Sinaí la que le comunica tal audacia, la que le hace gemir de este modo por Dios? Pide sin duda algo aún más importante, quizás más sensible que lo que conoce cuando va a la Tienda del Encuentro. Este hombre tiene hambre de Dios y querría conocerle todo lo que aquí abajo es posible.

> Y Dios dijo: «Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre del Señor, pues yo me compadezco de quien quiero y concedo mi favor a quien quiero».
>
> Y añadió: «Pero mi rostro no lo puedes ver, porque no puede verlo nadie y quedar con vida».
>
> Luego dijo el Señor: «Aquí hay un sitio junto a mí; ponte sobre la roca. Cuando pase mi gloria, te meteré en una hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después, cuando retire la mano, podrás ver mi espalda, pero mi rostro no lo verás».
>
> Ex 33,19-23

Este pasaje es ciertamente muy antiguo. Expresa, en términos muy humanos, importantes realidades bíblicas. El Nombre que Dios pronuncia al pasar es puesto para la Persona. Dios viene con la absoluta libertad de su gracia soberana. Por tanto, es preciso entregarse enteramente a su iniciativa de Amor: concedo la gracia a quien concedo gracia y misericordia a quien hago misericordia...

Se acerca al hombre, pero permanece Dios –¡aquí es precisamente donde radica todo el valor de su acercamiento!–. Ver su Rostro está reservado al más allá: ningún hombre puede ver a Dios sin morir. Esto permanece estrictamente cierto. Incluso en el Evangelio no se ve al Padre. Se oye únicamente su Palabra. En el bautismo de Jesús, por ejemplo, o en la Transfiguración sobre la Montaña, que es el Sinaí del Nuevo Testamento. Moisés, oculto en la roca, cubierto por la mano de Dios –es decir protegido por Él– verá desde lejos algo de esta gloria de Dios que hace la vida del hombre. ¡Cómo adorará, con qué sobrecogimiento indecible, con qué alegría!

> El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él proclamando: «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad, que mantiene la clemencia hasta la milésima generación, que perdona la culpa, el delito y el pecado, pero no los deja impunes y castiga la culpa de los padres en los hijos y nietos, hasta la tercera y cuarta generación».
>
> Ex 34,5-7

Dios solo castiga a los impenitentes. Es amplio y generoso en el amor (cuatro generaciones para el castigo, millares de generaciones para la gracia). Es lento para la cólera. Es grande en bondad y en verdad. Esta revelación, esta luz proyectada sobre Dios, distinguirá en adelante a toda la religión de Israel. Iluminará a los profetas, se transformará en oración en los Salmos e incluso en el Evangelio reencontraremos su brillo. ¡Verdaderamente solo se conoce a Dios por su Amor!

En efecto, cuando al fin de esta larga tradición –con la experiencia que los israelitas pueden tener ahora de la ternura y de la

fidelidad de Dios– san Juan presenta a Jesús en el prólogo de su evangelio, dice lo siguiente:

> El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre...
>
> Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros,[11] y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad...
>
> Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.
>
> Jn 1,9.14.16-18

¡Aquí termina la revelación hecha a Moisés en el Sinaí! Dios acompañaba a su Pueblo en el desierto en esta tienda que llevaba un nombre característico: la «Tienda del Encuentro». Pero aquí sucede algo completamente distinto: el Verbo, Luz de Dios, ha plantado su tienda entre nosotros y hemos visto su «gloria». Y esta gloria del Hijo ha brillado con la gracia y la verdad que tenía de su Padre. Es el amor fiel y tenaz de Dios, es su gracia enteramente gratuita y regalada la que nos ha sido concedida al final de planes largamente perseguidos. Nos los ha dado entregándonos a su Unigénito.

Moisés ha dado la Ley: es una pedagogía, es un camino hacia la gracia. Al Padre, no se le ha visto jamás, ni siquiera se le ve en el Evangelio, decimos nosotros, pero al Hijo, «reflejo de su gloria, impronta de su ser»[12] «lo que contemplamos y palparon nuestras manos».[13] Jesús exclama en la última Cena: «Felipe, quien me ha visto a mí ha visto al Padre».[14]

¿Qué hace Moisés en la Montaña en el momento de este asombroso acercamiento divino? Se prosterna, con el rostro pegado al suelo. Sin duda, pensáis, en este momento está enteramente perdido en Dios solo. Escuchad las palabras que musita:

---

11 Literalmente.
12 Hebreos 1,3.
13 1 Juan 1,1.
14 Juan 14,9.

> Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque es un pueblo de dura cerviz; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya.
>
> Ex 34,9

¡Os dije que era un pastor! No olvida jamás a su rebaño, ni siquiera en los momentos más divinos y más personales. Reconoce la falta pero implora el perdón, y qué emocionantes palabras, cómo conoce en lo sucesivo el corazón de Dios: ¡Tómanos por heredad tuya!

Este gran capítulo del Éxodo termina con estas palabras:

> Moisés estuvo allí con el Señor cuarenta días con sus cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua; y escribió en las tablas las palabras de la alianza, las Diez Palabras.
>
> Ex 34,28

Ayuno y oración para prepararse a las gracias de Dios. Palabra de Dios para alimentarse y Presencia de Dios para llenarlo todo de luz y de vida.

El rostro velado

Se comprende que una estancia tal en la Montaña haya enaltecido a Moisés: se ha convertido en el familiar de Dios. Le hemos visto ahora regresar radiante y fuerte para su misión. Es otro hombre. El Pueblo ha quedado estupefacto, se mantiene a distancia. En efecto, aquí abajo, los misterios no pueden fulgurar con todo su esplendor. Cada manifestación de Dios al mundo comienza por turbarnos. No hay que olvidarlo, Moisés lleva desde su segunda cuaresma las dos Tablas del Testimonio.

> Cuando Moisés bajó de la montaña del Sinaí con las dos tablas del Testimonio en la mano, no sabía que tenía radiante la piel de la cara, por haber hablado con el Señor.
>
> Aarón y todos los hijos de Israel vieron a Moisés con la piel de la cara radiante y no se atrevieron a acercarse a él.
>
> Pero Moisés los llamó. Aarón y los jefes de la comunidad se acercaron a él, y Moisés habló con ellos.
>
> Después se acercaron todos los hijos de Israel, y Moisés les comunico las órdenes que el Señor le había dado en la montaña del Sinaí.

> Cuando terminó de hablar con ellos, se cubrió la cara con un velo.
>
> Siempre que Moisés entraba ante el Señor para hablar con él, se quitaba el velo hasta la salida. Al salir, comunicaba a los hijos de Israel lo que se le había mandado. Ellos veían la piel de la cara de Moisés radiante, y Moisés se cubría de nuevo la cara con el velo, hasta que volvía a hablar con Dios.
>
> Ex 34,29-35

El rostro del Mediador está velado, pero se revela en el contacto de la oración con Dios. Velado para los hombres, develado ante Dios, en el coloquio con el Señor. La Biblia dice simplemente esta cosa extraordinaria: «para hablar con Dios». Y fielmente, expone todo lo que el Señor había mandado. Soledad y oración, gloria y gracia, Palabra divina, estos son los elementos de la segunda gran cuaresma de Moisés.

El Señor de la gloria

Un día seguimos los pasos de Moisés, hasta la cumbre del Djebel Mousa. Se despliega ante nuestros ojos el grandioso panorama. Después de haber leído los textos sagrados de la teofanía, nos adelantamos hasta el borde de la roca hacia la capillita construida allí por los monjes ortodoxos del Monasterio del Sinaí. Preparamos el altar en el estrecho vestíbulo de entrada. Traemos el pan y el vino. Empieza el santo sacrificio. Después de las lecturas y las oraciones, el sacerdote se inclina sobre el altar: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre».

El Señor de la gloria, Jesucristo, ha venido hasta nosotros, en los misterios de la nueva y eterna alianza, «et nos plebs tua sancta», hemos comulgado. Entonces, «con la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor».[15]

Tales son los misterios a los que nuestras cuaresmas deben también conformarnos más y más, de etapa en etapa.

---

15 2 Corintios 3,18.

El Pueblo de la Alianza

En la meditación profética del Deuteronomio, encontramos estas palabras puestas en boca de Moisés:

> Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos. El día que estuviste ante el Señor, tu Dios, en el Horeb, cuando el Señor me dijo: «Congrégame al pueblo y les haré oír mis palabras, para que aprendan a temerme mientras vivan en la tierra, y las enseñen a sus hijos», vosotros os acercasteis y estuvisteis al pie de la montaña.
>
> La montaña ardía en llamas que se elevaban hasta el cielo entre nieblas y densas nubes. Entonces el Señor os habló de en medio del fuego. Vosotros oíais sonido de palabras, pero no veíais figura alguna, sino tan solo una voz. Él os anunció su alianza, que os mandó cumplir, las «diez palabras», y las escribió en dos tablas de piedra. Y a mí me mandó el Señor entonces que os enseñase los mandatos y decretos para que los cumplierais en la tierra a la que vais a pasar para tomarla en posesión.
>
> Dt 4,9-14

Es la referencia a los grandes acontecimientos fundamentales de la alianza.

Y estos otros versículos, los más santos para Israel, son la gran oración que ha pasado por todos los corazones fieles, que ha sido murmurada o gritada en todos los momentos importantes de la religión y de la vida del Pueblo de Dios:

> Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.
>
> Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus portales.
>
> Dt 6,4-9

El pueblo judío ha interpretado esta prescripción a la letra. Esta oración se encuentra grabada en la puerta interior del ar-

mario en el que guarda la Torá[16] en sus sinagogas (viene a ser como el exergo[17] de las santas Escrituras). Cuando rezan, los judíos fieles se ligan este texto sobre la frente y en las muñecas con cintas de cuero. ¿Nos atreveremos a sonreír? Seguramente, todo es posible. Pero un Pueblo que, espiritualmente, se dejase formar por tales perspectivas de amor de Dios, sería verdaderamente el Pueblo de Dios:

> Porque tú eres un pueblo santo para el Señor, tu Dios; el Señor, tu Dios, te eligió para que seas, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad.
>
> Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, pues sois el pueblo más pequeño, sino que, por puro amor a vosotros...
>
> Dt 7,6-8

16 La Torá o el *Pentateuco*, es decir, los cinco libros de Moisés.

17 *N. del T.* Exergo: parte de una medalla en que se graba una. Inscripción. Aquí se toma como una fórmula sintética de lo más capital de la Escritura.

Capítulo III

La ruta de Elías

Elías caminó cuarenta días y cuarenta
noches hasta la Montaña de Dios

Al día siguiente de la muerte de Salomón, se rompe para el Pueblo de Israel la unidad del reino, que ya no se restablecerá jamás. El país se divide en dos: diez tribus, las del Norte, forman el Reino de Israel, y las restantes, situadas en el Sur, alrededor de Jerusalén, forman el Reino de Judá.

Sin embargo, Dios suscitará profetas en los dos reinos y los reyes, sobre todo los de Judá, guardarán la nostalgia de la unidad.

Después de cincuenta años muy difíciles, hacia el 860 antes de C., las dos pequeñas entidades conocen un período de prosperidad material.

En Israel, el rey Omri funda Samaria, una capital que intenta rivalizar con Jerusalén. Situada sobre una colina muy bella, a algunos kilómetros de Siquem y del pozo de Jacob, la ciudad tiene cierta importancia, y el palacio real, particularmente, incluso grandeza. El hijo de Omri es el famoso rey Ajab que se casó con Jezabel, hija del rey de Tiro y de Sidón. Esta princesa tenía sus dioses y sus sacerdotes. Y estableció en Samaria en el mismo recinto del palacio un culto a Baal.

En esta región de Samaria, en dicha época, bajo el rey Ajab, se sitúa todo el ministerio profético de Elías.[1] ¿Un profeta? Profeta es aquel que viene a hablar de Dios, a mostrar a Dios, conducir los corazones hacia el Señor. Profeta es aquel que actúa con fortaleza. Hace prodigios, forma o reforma la fe del pueblo, reorienta su esperanza e indica los caminos del verdadero amor.

El sacrificio del Carmelo

¿Qué está en juego cuando aparece Elías, el tesbita? La verdadera religión: Dios es *Uno*, la religión es una. Salomón ya había permitido que se construyesen Templos a los falsos dioses de sus mujeres. Todavía hoy se enseña en Jerusalén, en la prolongación del monte de los Olivos, «la montaña del escándalo», es decir el emplazamiento de este culto idolátrico: ¡hasta tal punto ha impresionado la conciencia de Israel! Pero Ajab va todavía más lejos. Entra en el juego de su mujer, «se dirige a los Baales».[2] No es que rechace totalmente al Señor. Le da *también* a Él un culto. Se trata del compromiso. Pero en este caso, ¡todo está perdido! El verdadero Dios no ha intervenido. Israel no es ya un pueblo elegido, no hay vocación, no hay alianza. ¿Dónde está el Amor, el celoso Amor de Dios?

> Hasta cuándo vais a estar cojeando sobre dos muletas? Si el Señor es Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal.
>
> 1Re 18,21

Elías será el profeta por excelencia de la Alianza. Predicará firmemente el retorno a la religión del Sinaí. Los Libros de los Reyes cuentan las intervenciones de Elías poco después de los sucesos. Tienen aún toda la savia de vida y toda su aspereza. Desde el primer instante, el profeta aparecía dotado de poderes que hacen pensar en los del mismo Moisés. Ante la palabra de Elías cesa la

1 «Elías el Profeta, según las Escrituras y las Tradiciones cristianas» (obra en colaboración), Desclée de Brouwer. Roger Breuil, *El Poder de Elías*, Delachaux et Niestlé. Roger Poelman, *Elías el Profeta* (textos breves e ilustraciones de Juana Kerremans), Elsevier.

2 Baal es el dios cananeo, protector de la ciudad de Tyr. Tenía varios santuarios en Palestina y de ahí el plural los baales.

lluvia, la tierra se reseca, hay carestía. ¿Volverán a empezar las plagas de Egipto? La Biblia cuenta con viveza la gran escena del juicio en la cumbre del monte Carmelo. Elías ha convocado allí a todo el pueblo y a los sacerdotes de Baal. Es el único hombre del Señor frente a un grupo de 450 profetas del ídolo. Que construyan un altar, que inmolen una víctima, que invoquen a Baal y que el dios responda enviando fuego que consuma a la víctima.

La Biblia nos presenta la importancia capital del hecho. En cierta manera, también para nosotros, que lo leemos, la cuestión del *verdadero* Dios está en juego.

> Ajab dio una orden entre todos los hijos de Israel y reunió a los profetes en el monte Carmelo. Elías se acercó a todo el pueblo y dijo: «¿Hasta cuándo vais a estar cojeando sobre dos muletas? Si el Señor es Dios, seguidlo; si lo es Baal, seguid a Baal».
>
> El pueblo no respondió palabra.
>
> 1Re 18,20-21

El profeta le dirige una vehemente palabra. Reina un gran silencio. Esta vez todo el problema se plantea claramente en el alma de los hombres... Nadie puede tener dos señores.

> Elías continuó: «Quedo yo solo como profeta del Señor, mientras que son cuatrocientos cincuenta los profetas de Baal. Que nos den dos novillos; que ellos elijan uno, lo descuarticen y lo coloquen sobre la leña, pero sin encender el fuego. Yo prepararé el otro novillo y lo pondré sobre la leña, también sin encender el fuego. Vosotros clamaréis invocando el nombre de vuestro dios y yo clamaré invocando el nombre del Señor. Y el dios que *responda por el fuego*, ese es Dios».
>
> Todo el pueblo acató: «¡Está bien lo que propones!».
>
> Elías se dirigió a los profetas de Baal: «Elegid un novillo y preparadlo vosotros primero, pues sois más numerosos».
>
> 1Re 18,22-25

Se asiste entonces a la escena pagana. Los profetas de Baal preparan su víctima y empiezan sus oraciones, sus encantamientos. Elías se burla sarcásticamente de ellos. Y en el punto álgido de sus tránsitos místicos se acuchillan las carnes para atraer la benevolencia del dios. Al fin: el silencio y el vacío.

Tomaron el novillo que les dieron, lo prepararon y estuvieron invocando el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: «¡Baal, respóndenos!». Mas no hubo voz ni respuesta. Brincaban en torno al altar que habían hecho.

A mediodía, Elías se puso a burlarse de ellos: «¡Gritad con voz más fuerte, porque él es dios, pero tendrá algún negocio, le habrá ocurrido algo, estará de camino; tal vez esté dormido y despertará!».

Entonces gritaron con voz más fuerte, haciéndose incisiones con cuchillos y lancetas hasta chorrear sangre por sus cuerpos según su costumbre. Pasado el mediodía, entraron en trance hasta la hora de presentar las ofrendas, pero no hubo voz, no hubo quien escuchara ni quien respondiese.

1Re 18,26-29

La hora de la presentación de la ofrenda corresponde al sacrificio de la tarde prescrito por el culto: «Uno de los corderos lo ofrecerás en holocausto por la mañana, y el otro cordero al atardecer».[3] Después de la vana agitación de la jornada, en aquella hora, Elías se adelanta, sabiendo que todas las miradas están vueltas hacia él. Es el profeta del verdadero Dios. Viene para restaurar la alianza. Y, en primer lugar, levanta el altar, en las mismas condiciones prescritas por el Código de la Alianza.

Tomó Elías doce piedras según el número de tribus de los hijos de Jacob, al que se había dirigido esta palabra del Señor: «Tu nombre será Israel». Erigió con las piedras un altar al nombre del Señor.

1Re 18,31-32

Todos estos gestos señalan la fidelidad. Hay que notar que, aunque esté dividida en dos reinos, la unidad de las doce tribus permanece significada en el culto del único Dios: ¡doce piedras son reunidas en un solo altar! Elías hace derramar agua sobre el altar, sobre la leña, sobre la víctima. Quiere «manifestar» así, de una manera más significativa la respuesta de Dios. Después se escucha su oración. El profeta apela al Único, a Aquel que ha intervenido en la historia y pide una respuesta para que se le reconozca. El Pueblo está en estado de pecado, Dios es Aquel que convierte los corazones:

3 Números 28,4.

> A la hora de la ofrenda, el profeta Elías se acercó y comenzó a decir: «Señor, Dios de Abrahán, de Isaac y de Israel, que se reconozca hoy que tú eres Dios en Israel, que yo soy tu servidor y que por orden tuya he obrado todas estas cosas. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que este pueblo sepa que tú, Señor, eres Dios y que has convertido sus corazones».
>
> 1Re 18,36-37

El fuego del cielo cae como una llama devoradora. Todo se ha terminado. En ese instante, la elección es rehecha, el Dios de la alianza se ha manifestado como lo había hecho en el Sinaí «en una llamarada entre las zarzas»,[4] o incluso sobre la montaña, en el momento de la gran teofanía del desierto: «La montaña del Sinaí humeaba, porque el Señor había descendido sobre ella en medio de fuego. Su humo se elevaba como el de un horno y toda la montaña temblaba con violencia».[5] Es el Señor, el Dios de los padres, el que llamó al Pueblo, el que todavía ahora se manifiesta: la alianza «perduraba» siempre.[6]

El hastío de la vida

Sigue la matanza de todos los sacerdotes de Baal que hace pensar en la muerte de todos los primogénitos de Egipto en el tiempo de la Pascua y, finalmente, la lluvia torrencial que hace revivir a la tierra y al pueblo, cae a la petición del servidor de Dios.

Hay sin embargo un personaje que no está del todo satisfecho, es Jezabel; y esto nos introducirá en la «cuaresma» de Elías.

> Ajab transmitió a Jezabel cuanto había hecho Elías y cómo pasó a cuchillo a todos los profetas de Baal. Jezabel envió un mensajero para decirle: «Que los dioses me castiguen si mañana a estas horas no he hecho con tu vida como has hecho tú con la vida de uno de estos».

---

4 Éxodo 3,2.

5 Éxodo 19,18.

6 Jesús dirá: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo!» (Lc 12,49) y el Espíritu de Pentecostés bajará sobre los apóstoles en forma de lenguas de fuego (Hch 2,3).

> Entonces Elías tuvo miedo, se levantó y se fue para poner a salvo su vida. Llegó a Berseba de Judá y allí dejó a su criado. Luego anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: «¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!».
>
> 1Re 19,1-4

Elías debe huir como debió huir Moisés. Como el gran mediador de la primera alianza del Sinaí, también experimenta un desánimo total. Como Moisés había pedido un día morir, Elías lo anhela también. Jesús por su parte estará un día triste hasta la muerte.[7] Es el terrible *taedium vitae,* el hastío de la vida, el «no puedo más» que todos nosotros podemos conocer en ciertos momentos. Todo carece de gusto, no existe ya ninguna perspectiva feliz que esperar aquí abajo. Dormirse en la muerte parece preferible. Esta hora de desespero puede ser una hora de Dios.

El pan del camino

> Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: «Levántate y come».
>
> Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse.
>
> El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: «Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo».
>
> Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.
>
> 1Re 19,5-8

También en el momento de supremo anonadamiento enviará Dios un ángel a Cristo, en el jardín de los Olivos. Un ángel toca a Elías dormido en la arena. Así lo presenta la Escritura. Recibe pan y agua para caminar hasta la Montaña de Dios: ¿el maná del desierto? ¿el agua de la roca? Que coma y aprenda, como lo hizo su pueblo durante cuarenta años, la dependencia total para con Dios. El camino será demasiado largo para ti... ¿Qué camino? El

7 Mateo 26,37-38.

que conduce a «la» Montaña de las Teofanías el Horeb, el Sinaí, donde Dios se revela al que llama.

De todas formas, este pan es el pan del camino; son precisos cuarenta días y cuarenta noches para caminar al encuentro del Señor.

Elías alcanza al fin la misma Montaña que conoció Moisés. Asciende ahora, solo, como una hormiga en medio de los inmensos bloques de roca roja, y llega a una especie de declive en medio del macizo. Se abre allí una caverna en el flanco de una de las paredes. El profeta pasa allí la noche. El recuerdo se va tras Moisés en el hueco de la roca, antes de su gran experiencia religiosa personal. Y también tras Cristo: «Jesús subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo».[8]

La vocación renovada

Elías no ha caminado en vano. Estaba convocado a una cita. La Palabra de Dios sonó para él:

> «¿Qué haces aquí, Elías?».
>
> Y él respondió: «Ardo en celo por el Señor, Dios del universo, porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, derribado tus altares y pasado a espada a tus profetas; quedo yo solo y buscan mi vida para arrebatármela».
>
> Le dijo: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor».
>
> 1Re 19,9-11

¿Qué hace en la montaña, al fin de este viaje? ¡Ha vuelto –como un último residuo, dice él– a estar un instante en el mismo lugar de la alianza! «¡Sal y preséntate ante el Señor!». Ven ahora, ya que has sido llamado y vive en la presencia de Dios.

> Entonces pasó el Señor.
>
> Y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco estaba el Señor.

8 Mateo 14,23.

> Después del fuego el susurro de una brisa suave. Al oírlo Elías, cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva. Le llegó una voz que le dijo: «Vuelve a tu camino en dirección al desierto de Damasco. Cuando llegues, unge rey de Siria a Jazael, rey de Israel a Jehú, hijo de Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo, hijo de Safat, de Abel Mejolá.
>
> 1Re 19,11-12.15-16

¿Cómo entender este pasaje tan misterioso?

Y, en seguida, llega Dios. Llega al paraíso para hablar con Adán, «a la hora de la brisa».[9] Viene a Noé por causa del diluvio y el empezar de nuevo, a Abrahán para la bendición de todos los pueblos, a Moisés para la liberación y para la alianza con Israel. Viene en la persona del único Hijo, Jesús, para la salvación del mundo y este Cristo volverá en gloria para el supremo encuentro. También así viene Dios a Elías, en medio de las rocas del Horeb-Sinaí.

Pero, ¿cómo viene Dios? De un modo muy distinto al que pensamos. Hay señales precursoras: el huracán, el temblor de tierra, el fuego. También Jesús habla de confusiones cósmicas antes de su Parusía.[10] Estos signos deben ayudarnos a velar. La venida del Señor no estriba en ellos. ¡Estemos tranquilos! ¡Cuando verdaderamente venga él le reconoceremos! La última señal que advierte a Elías es el susurro de una brisa suave. Es como la brisa de la tarde, en el Paraíso, cuando el Señor se aproximaba familiarmente al hombre para conversar con él. El profeta sale de su gruta y se cubre el rostro, como había hecho Moisés, delante de la zarza ardiente.

Elías está ahora en el recogimiento de la Presencia divina, teofanía interior, espiritual: una voz, la voz de Dios. Y he aquí el programa: Elías que quería morir, que «ya tenía bastante», es enviado de nuevo al Pueblo para las grandes acciones de la política divina. Debe derrotar a dos reyes, uno de ellos extranjero, y ungir a nuevos elegidos en su lugar. Tiene también que escoger y ungir a Eliseo como a un coadjutor con derecho a sucesión en

9 Génesis 3,8.
10 Mateo 24,29-30.

el ministerio profético. Ve, Elías, Dios te envía, Él te da su fuerza para tu misión. Tú has tomado contacto de nuevo con las grandes realidades de la Alianza. Ve, camina aún, tú aseguras la continuidad del designio de Amor.

En la asombrosa cuaresma de Elías aparece, pues, esta idea de marcha y de viaje al encuentro de Dios. Elías se encuentra asociado a Moisés en las teofanías de Horeb-Sinaí. Son los dos testigos que aparecerán con Cristo sobre «la» Montaña de la Transfiguración del Nuevo Testamento, cuando los tres apóstoles privilegiados oigan a su vez la Palabra del Padre, descubran algo de la gloria del Hijo y sean introducidos en el secreto del Amor.

La Transfiguración

Es preciso descubrir ante todo, el lugar que ocupa el relato de la Transfiguración en el movimiento interior del evangelio de san Mateo. Al principio de su vida pública, Cristo comenzó por anunciar las Bienaventuranzas y además todo el Sermón de la Montaña. Era el pregón del Reino de los cielos que comenzaba. Después tuvo lugar la «jornada de las parábolas». Mateo refiere, en el capítulo 13, siete parábolas sobre el Misterio del Reino y sobre su venida. Es un gran canto. Las gentes han quedado profundamente decepcionadas. Esperaban un Reino de gloria y he aquí que el Señor cuenta estas cosas tan sencillas y aparentemente tan anodinas: una mujer que fabrica su pan, un pescador que tira sus redes, un campesino que siembra su grano. ¿Qué significa todo esto? Y la gran muchedumbre se marcha. Sin embargo los apóstoles preguntan: «Explícanos la parábola». Es lo que el Señor pretendía. La parábola es la introducción a una explicación más profunda, más misteriosa... Y se la explanaba... Pero entonces, a los que buscan verdaderamente el Reino, Cristo les revela al mismo Rey. Y, desde el capítulo 14 al 16, Cristo atrae toda la atención sobre su propia persona. Hace milagros maravillosos, las dos multiplicaciones de los panes, camina sobre el mar, cura a la hija de la Cananea, después finalmente pregunta: «¿Quién dicen que soy?». Tiene todavía un mensaje más central que revelar y

no quiere hacerlo hasta que se haya reconocido antes quién es Él, porque solo entonces estarán dispuestos a fiarse de su palabra. Pedro da la gran respuesta: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Esta vez, Pedro, se ha dejado iluminar por el Padre de los cielos. Pedro se apoya en la fe, y por eso puede oír el mensaje: «Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día».[11]

Estamos aquí ante el verdadero misterio de la misión de Cristo. Es trastornador. Instituirá una Pascua nueva, concluirá entre Dios y los hombres una alianza en su propia sangre. «Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: "¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte"». Y Jesús que acababa de alabarle porque se había dejado iluminar por el Padre, le dice ahora: «Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios».

Se comprende bien el horror de Pedro. ¿Si es así para el Maestro, qué será para los verdaderos discípulos?

> Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga...».
>
> Mt 16,24

Y es en ese momento cuando se presenta en la misma trayectoria del evangelio el relato de la Transfiguración. Está relacionado con lo que precede: «Seis días después», dice el evangelio. ¿Después de qué? Después del anuncio de la Pasión y de la Resurrección.

He aquí el texto de San Mateo:

> Seis días más tarde, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz.
>
> De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

11 Mateo 16,21-23.

> Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía: «Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo».
>
> Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: «Levantaos, no temáis». Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.
>
> Mt 17,1-8

Se comprende en seguida que nos encontramos ante un mensaje de una excepcional importancia. Hay que examinarlo con detención.

Ante todo nos encontramos con tres testigos. Pedro es escogido. Tiene un hermano, Andrés, que no es de este pequeño grupo. Después tenemos a los dos hijos del trueno, tal como Jesús los había llamado: Santiago y Juan. Ellos van a ser los testigos de esta gran teofanía sobre la montaña. Pero también ellos serán los testigos del anonadamiento supremo de Cristo, postrado en tierra en su agonía, en el huerto de los Olivos, agotado, sudando sangre. Esta doble visión es la del mismo Señor, una tan emocionante como la otra, juntas rinden testimonio a la Pascua de Jesús.

Los tres apóstoles son llevados –voluntaria, deliberadamente– aparte a una alta Montaña. Tradicionalmente se habla del Tabor. Pero sea cual sea esta Montaña, comprendemos bien que se trata del Sinaí del Nuevo Testamento. Es decir la Montaña de las teofanías divinas, de las manifestaciones de la gloria de Dios. El Tabor muy apartado en realidad, en medio de una inmensa llanura, domina todo el país bíblico de la Galilea.

Y Jesús se ha transfigurado. Estamos en pleno apocalipsis. El día de Pascua, el ángel que hizo rodar la piedra del sepulcro tenía también «aspecto de relámpago y su vestido blanco era como la nieve».[12] Aquí, la humanidad de Jesús nos introduce en su gloria. ¿Qué tenía, pues, Dios en el corazón cuando, en el principio

12 Mateo 28,3.

hizo al hombre a su imagen y semejanza?[13] ¡Porque, en definitiva, toda esta extraordinaria historia de las iniciativas divinas y de la Encarnación es para el hombre! La transfiguración revela algo del misterio del mismo hombre:

> Cristo es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, todo fue creado por él y para él.
>
> Col 1,15-16

Sin duda que esta teofanía está puesta a nuestro alcance. Contemplando imágenes parecidas somos nosotros iniciados a nuestra vez en la fe:

> Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él.
>
> Col 3,3-4

Así, pues, esta transfiguración nos concierne. Indica que nosotros no conocemos todavía más que un embrión humano, que todo aquí es pascua hacia un mundo nuevo, propiamente inimaginable para nosotros pero enteramente dominado por el Señor, Cristo.

Y he aquí que los dos grandes iniciados del Antiguo Testamento, Moisés y Elías, los dos hombres del Sinaí: Moisés que preside todo lo que se refiere a la Ley y Elías, el primero entre los Profetas, vienen a conversar con Cristo. ¡Qué fortalecedora y poderosa es para nosotros esta visión! ¡Con qué fuerza señala toda la teología bíblica! Solo se entiende a Cristo contrastándolo con el Antiguo Testamento.

13 Génesis 1,26.

Capítulo IV

El libro de Jonás

Cuarenta días más y Nínive será destruida.

El breve escrito de Jonás (apenas cuatro capítulos) nos lleva también a la meditación de una cuarentena penitencial y salvadora.

Los cuarenta días del diluvio pertenecen al género literario muy particular de los once primeros capítulos del Génesis. Las cuaresmas de Moisés se refieren al período del Éxodo, en aquellos llamados la Ley; la cuaresma de Elías se sitúa en el primer período profético, en el siglo IX; el pequeño libro de Jonás es un Midrash, una especie de parábola, que data probablemente del retorno del exilio, hacia el fin del siglo V antes de Cristo. La inmensa Nínive de la que se trata es una Nínive alegórica. En ninguna parte se ve una conversión tan masiva que nos ponga «en presencia de un milagro sin igual en la Historia de la humanidad, superior al de Pentecostés» (Feuillet). En cuanto al autor, existe un profeta con el nombre de Jonás pero no se sabe nada de él, salvo que vivió tres siglos antes del escrito que lleva su nombre, en el reino del Norte, bajo Jeroboam II.[1]

Estas consideraciones no deben disminuir la fuerza religiosa que contiene esta breve obra. Se trata, en efecto, de un mensaje importante. Al retorno del destierro, cuando encontramos por

1 2 Reyes 14,25.

una parte la acción estrictamente nacional de Esdras y de Nehemías («nacional» por lo demás en el sentido de la Historia *Santa*), oímos evocar, por otra parte, en el escrito de Jonás, las grandes perspectivas misioneras. Los judíos deportados se habían maravillado al descubrir el problema de estas ciudades bulliciosas de hombres que servían a dioses paganos. Se habían enfrentado al problema del universalismo, que es un corolario de la fe en la unicidad de Dios. Ya el *Segundo Isaías* había trazado avenidas hacia este nuevo horizonte, durante los años del destierro.

Cuando se piensa en el género literario de este libro, se comprende mejor el valor simbólico de esta cifra «cuarenta». Está ya incluido allí un sentido religioso, representa un «signo» de Dios. Vamos a verlo.

Jonás, rebelde a su misión

El Señor dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitai, en estos términos: «Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes.

Jonás se puso en marcha para huir a Tarsis, lejos del Señor. Bajó a Jafa y encontró un barco que iba a Tarsis; pagó el pasaje y embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del Señor.

Pero el Señor envió un viento recio y una fuerte tormenta en el mar, y el barco amenazaba con romperse. Los marineros se atemorizaron y se pusieron a rezar, cada uno a su dios. Después echaron al mar los objetos que había en el barco, para aliviar la carga.

Jonás bajó al fondo de la nave y se quedó allí dormido. El capitán se le acercó y le dijo: «¿Qué haces durmiendo? Levántate y reza a tu dios; quizá se ocupe ese dios de nosotros y no muramos».

Se dijeron unos a otros: «Echemos suertes para saber quién es el culpable de que nos haya caído esta desgracia». Echaron suertes y le tocó a Jonás. Entonces le dijeron: «Dinos quién tiene la culpa de esta desgracia que nos ha sobrevenido, de qué se trata, de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres».

Jonás les respondió: «Soy hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme».

Muchos de aquellos hombres se asustaron y le preguntaron: «¿Por qué has hecho eso?». Pues se enteraron por el propio Jonás

de que iba huyendo del Señor. Después le dijeron: «¿Qué vamos a hacer contigo para que se calme el mar?». Pues la tormenta arreciaba por momentos.

Jonás les respondió: «Agarradme, echadme al mar y se calmará. Bien sé que soy el culpable de que os haya sobrevenido esta tormenta».

Aquellos hombres intentaron remar hasta tierra firme, pero no lo consiguieron, pues la tormenta arreciaba. Entonces rezaron así al Señor: «¡Señor!, no nos hagas desaparecer por culpa de este hombre; no nos imputes sangre inocente, pues tú, Señor, actúas como te gusta».

Después agarraron a Jonás y lo echaron al mar. Y el mar se calmó. Tras ver lo ocurrido, aquellos hombres temieron profundamente al Señor, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron votos.

Jon 1

Dios escoge a su profeta y quiere enviarle a Nínive. Nínive es la ciudad enemiga, la que ha hecho ya mucho daño a Israel. Pero Dios se preocupa de toda la tierra. Hay que ir a Nínive a predicar la penitencia. Su malicia, en efecto, ha subido hacia Dios, como la de los hombres en el momento del diluvio.

Jonás no está del todo convencido. Intenta rehuir su vocación. Baja al puerto de Jope y asistimos a toda la escena: la búsqueda del barco, el precio del pasaje, el embarque. ¿Tarsis? Es una playa más allá de las islas cercanas y conocidas, Creta, Chipre. Es lo desconocido, el fin del mundo, ¡alejado en cualquier caso del Señor!

Recordemos aquí la meditación del salmo:

Señor, tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos.

Distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares.

Me estrechas detrás y delante, me cubres con tu palma.

¿Adónde iré lejos de tu aliento, adónde escaparé de tu mirada?

Si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha.

Salmo 139,1.2.3.5.7.9.10

Jonás va a experimentarlo.

Los marineros son de diversas razas y adoran a distintos dioses. Se nota, de paso, que ninguno está «sin-Dios». Sería inconcebible.

Jonás es inconsciente. Duerme. La tempestad es animada por el mismo Dios. ¿Cómo escapar a ella? El profeta es muy capaz de huir de su vocación pero no es, sin embargo, un impío. A la precisa pregunta de los marineros, responde netamente: «Soy hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo (el cielo es la mansión de Dios, allí habita Él), que hizo el mar y la tierra firme (en una palabra, toda la creación)». Tiene pues poder también sobre este mar furioso. La profesión de fe es bella, concisa y universal, capaz de ser comprendida por paganos.

Estos paganos, por lo demás, están asustados ante la idea de que se pueda desobedecer de este modo al Señor –porque el profeta les ha contado toda su historia–. Intentan salvar a Jonás, remando hacia tierra firme, después, apurados, se deciden a arrojarle al mar, elevando una oración... porque no saben lo que sucederá, ni qué es lo bueno, ni qué es lo malo. Finalmente ofrecen un sacrificio y hacen votos.

Estos paganos son extrañamente rectos y religiosos para Jonás, el privilegiado de la verdadera religión, que desobedece a la Palabra de su Dios.

Jonás, salvado

> El Señor envió un gran pez para que se tragase a Jonás, y allí estuvo Jonás, en el vientre del pez, durante tres días con sus noches. Jonás suplicó al Señor, su Dios, desde el vientre del pez:
>
> «Invoqué al Señor en mi desgracia y me escuchó; desde lo hondo del Abismo[2] pedí auxilio y escuchaste mi llamada. Me arrojaste a las profundidades de alta mar, las corrientes me rodeaban, todas tus olas y oleajes se echaron sobre mí.
>
> Me dije: "Expulsado de tu presencia, ¿cuándo volveré a contemplar tu santa morada?". El agua me llegaba hasta el cuello, el

2 El Abismo, el seol, es el lugar oscuro donde se encuentran los difuntos.

> Abismo me envolvía, las algas cubrían mi cabeza; descendí hasta las raíces de los montes, el cerrojo de la tierra se cerraba para siempre tras de mí. Pero tú, Señor, Dios mío, me sacaste vivo de la fosa. Cuando ya desfallecía mi ánimo, me acordé del Señor; y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santa morada.
>
> Los que sirven a ídolos vanos abandonan al que los ama. Pero yo te daré gracias, te ofreceré un sacrificio; cumpliré mi promesa. La salvación viene del Señor».
>
> Y el Señor habló al pez, que vomito a Jonás en tierra firme.
>
> Jon 2

Este salmo –que es probablemente una adición al libro de Jonás– sirve de oración en el abismo y se incorpora a las grandes invocaciones religiosas de la Biblia; después de la tentación de desesperación, confianza total en Dios, incluso en el seno de la peor prueba, a la sombra de la muerte, a las puertas de la tumba.

La oración del desgraciado, como se advierte al instante, es litúrgica. Del fondo mismo del mar llega al Templo. Si vive el hombre de Dios no es sino para participar en la liturgia sagrada del Templo, en la súplica y acción de gracias. También esto lo aprendió el pueblo de Dios durante el destierro. Descubrió su vocación sacerdotal. Es un pueblo hecho para la alabanza.

El tema que expresa esta oración es diáfano. Dios ha salvado a su profeta por un milagro de pura gracia. Jonás estaba a punto de morir, las algas cubrían su cabeza, el cerrojo estaba echado... después de tres días volvió a la vida.[3]

Jesús, Cristo, predicó este «signo de Jonás» en su Evangelio para introducir al misterio de su propia muerte y resurrección:

> Esta generación perversa y adúltera exige una señal; pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra.

3 «El pez de Jonás es como los cuervos de Elías o el asno de Balaam, el mundo animal puesto al servicio de la causa profética, para autentificarla» (FEUILLET).

> Los hombres de Nínive se alzarán en el juicio contra esta generación y harán que la condenen; porque ellos se convirtieron con la proclamación de Jonás, y aquí hay uno que es más que Jonás.
>
> Mt 12,39-41

Jesús se apropia el abandono en la muerte, la predicación y la conversión que refiere este escrito de la Biblia. Es inútil intentar escapar al carácter sobrenatural que el Midrash tiene intención de resaltar. ¡Es interpretado por Jesús! Jesús reconoce en él su propia vida. Es preciso pensar en este abandono del Hijo Único, durante tres días, en el seno de la tierra, con la piedra removida, el sepulcro sellado, bajo la vigilancia de los guardas, en la muerte a la que ha descendido el autor de la vida.[4]

Conversión de Nínive y perdón divino

Después de esta aventura el profeta está dispuesto a cumplir toda la voluntad de Dios.

> El Señor dirigió la palabra por segunda vez a Jonás. Le dijo así: «Ponte en marcha y ve a la gran ciudad de Nínive; allí les anunciarás el mensaje que yo te comunicaré».
>
> Jonás se puso en marcha hacia Nínive, siguiendo la orden del Señor. Nínive era una ciudad inmensa; hacían falta tres días para recorrerla.
>
> Jonás empezó a recorrer la ciudad el primer día, proclamando: «Dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada».
>
> Los ninivitas creyeron en Dios, proclamaron un ayuno y se vistieron con rudo sayal, desde el más importante al menor.
>
> La noticia llegó a oídos del rey de Nínive, que se levantó de su trono, se despojó del manto real, se cubrió con rudo sayal y se sentó sobre el polvo. Después ordenó proclamar en Nínive este anuncio de parte del rey y de sus ministros: «Que hombres y animales, ganado mayor y menor no coman nada; que no pasten ni beban agua. Que hombres y animales se cubran con rudo sayal e invoquen a Dios con ardor. Que cada cual se convierta de su mal camino y

4 Existe todo un rico tema bíblico de la liberación del sepulcro y de la oración en la fosa: el salmo 87, José (Gn 42,21 y Sb 10,13-14), Jeremías (38,1-13), Daniel (6); cf. *Espiritualidad Pascual*, «Cahiers de la Pierre-qui-Vire», en Desclée, págs. 180-189.

abandone la violencia. ¡Quién sabe si Dios cambiará y se compadecerá, se arrepentirá de su violenta ira y no nos destruirá!».

Jon 3,1-9

Toda la fuerza de Jonás consiste, esta vez, en predicar exactamente el mensaje de Dios. Debe proclamar un último plazo de cuarenta días. Encontramos de nuevo aquí la cifra simbólica de penitencia, de ayuno y oración.

El profeta atraviesa la gran ciudad en tres jornadas de camino. Desde el primer día, los habitantes de Nínive creen en Dios. El fundamento de su penitencia está en la fe: dan crédito a la Palabra y alcanzan así la intención del Señor.

En seguida nos encontramos con el escenario habitual de la penitencia. En primer lugar el ayuno, después los vestidos cambiados por saco. Los bellos vestidos indican la fiesta, los sacos, la penitencia y el luto, el cilicio la mortificación. Toda la ciudad se compromete en esta cuaresma, del más grande al más chico, empezando por el rey en persona.

Los mismos animales deben tomar parte en la aventura espiritual del hombre. La historia de Noé y del diluvio lo había ya sugerido. En el *Libro de Judit*, encontramos un trazo todavía más acentuado:

Con gran fervor, todos los hombres de Israel clamaron a Dios y se humillaron ante él con un gran ayuno. Ellos, sus mujeres, sus hijos y ganados, los forasteros, jornaleros y esclavos se vistieron de saco.

Todos los hombres, mujeres y niños de Jerusalén se postraron ante el templo y, con la cabeza cubierta de ceniza, elevaron sus manos al Señor. Cubrieron el altar de saco y, a una voz, suplicaron fervientemente al Dios de Israel que no entregase sus hijos al saqueo.

Jdt 4,9-12

Estos gestos ayudan a tomar conciencia de los sentimientos convenientes. El hombre con todo su medio vital «está» delante de Dios. La Iglesia ha heredado estas cenizas y las impone en la frente de sus fieles, al comienzo de la santa cuarentena, mientras reviste a sus sacerdotes y su altar de ornamentos de penitencia.

La oración, en el *Libro de Jonás* como en el de Judit, consiste en «gritar a Dios» o en «gritar hacia Dios». Se trata de una oración

vocal elemental pero sincera, hecha de fe, de arrepentimiento, de esperanza e invocación.

El último aspecto de esta cuarentena es el que recalca su real profundidad espiritual: «humillaron sus almas en el ayuno y la oración». Humillar su alma, separarse del mal camino y de las obras de violencia que cometen sus manos; he aquí un animoso programa de renovación moral. ¡Ah no! no se trata de una simple actitud convencional, exterior, ritual únicamente, sino de toda el alma humana y religiosa.

Y el capítulo 3 concluye diciendo:

> Vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó.

Despecho de Jonás y respuesta divina

Ante este perdón, alguien se subleva. Es Jonás, el profeta. Esta vez es demasiado.

> Jonás se disgustó y se indignó profundamente. Y rezó al Señor en estos términos: «¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal.
>
> Así que, Señor, toma mi vida, pues vale más morir que vivir».
>
> Jon 4,1-3

Queda expresado con gran crudeza. He aquí, pues, por qué Jonás había dudado tanto en lo relativo a su misión; ¡es que conocía a Dios! Dios siempre es el mismo... rico en gracia, lento para la cólera, dispuesto incansablemente a perdonar. Encontramos otra vez los términos de la teofanía de Moisés sobre el Sinaí.[5]

5 Cf. pág.29.

Capítulo V

Los cuarenta años del Pueblo de Dios en el desierto

En los capítulos precedentes nos hemos fijado en el signo de los cuarenta días. Esta vez el plazo concernirá a todo un pueblo: los cuarenta días se convierten en cuarenta años.

Se trata del período prodigiosamente activo del Éxodo, esta marcha comprendida entre las dos fronteras milagrosas del agua; la entrada en el desierto por el paso del Mar Rojo, la salida del desierto por el paso del Jordán.

Vistos así, tipológicamente, los cuarenta años califican toda la vida terrestre. Una acción poderosa de Dios, un acontecimiento de su gracia y, al final, la entrada en la tierra verdaderamente prometida, bajo el mando del verdadero Josué: Jesús. Hay allí, en su conjunto, una línea que ha sido resaltada por todos los Padres: pero ante todo por san Pablo.

> Pues no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y por el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto...
>
> Todo esto les sucedía alegóricamente y fue escrito para escarmiento nuestro, a quienes nos ha tocado vivir en la última de las edades.
>
> 1Cor 10,1-5.11

Pablo, hablando a los corintios, quiere recordar el peligro de sucumbir a la idolatría. Incidentalmente va a desplegar esta visión tipológica de los cuarenta años en el desierto. Empieza por la fórmula que anuncia siempre en él una noticia importante: «Hermanos, no quiero que ignoréis...».

Señalemos aquí la diferencia entre la tipología y la alegoría. La alegoría, partiendo de imágenes, de ideas o de hechos del Antiguo Testamento, se eleva a consideraciones que siguen a menudo su propio camino. Quien usa de la alegoría bíblica es sin duda alguien que vive la Biblia y se sirve de todo su tesoro para expresar un pensamiento religioso. Sin embargo, el lazo entre la realidad literal de la que se parte y el desarrollo que se saca es a menudo muy tenue. La expresión sirve de medio de «cuerpo» a la idea que se desarrolla, a la contemplación a la que se asciende. La tipología, por el contrario, se apoya en una realidad primera en la que se descubre la ley de repetición. La realidad histórica elemental sirve aquí de esbozo a una realización recibida y profundizada del Antiguo Testamento al Nuevo. Se trata, pues, de una pedagogía divina que nos introduce en el misterio.

En el texto a los Corintios, el paso por el agua y bajo la nube (muerte y vida: Israelitas salvados y Egipcios perdidos) es llamado por Pablo un bautismo. Reconoce en él el bosquejo del bautismo cristiano, una introducción a su profunda realidad. Lo mismo pasa con el alimento y la bebida milagrosa, Pablo ve en ellos una preparación para la Eucaristía. Además, Jesús, que es siempre el lazo de la auténtica tipología, subrayó el tránsito del maná a la Eucaristía en su discurso del pan de vida; y lo mismo con el agua que brotaba de la roca del desierto al agua que brotaba para la vida eterna. En seguida insistiremos en ello.

El Señor es llamado la «Roca de Israel», su protección, su fuerza, su salud. Pablo aplica la imagen a Cristo.

Orígenes tiene, a propósito de Cristo-Roca, una palabra deliciosa. Cita primero la palabra de Jesús a Pedro: «Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», después sigue: «Simón es llamado Pedro recibiendo este nombre de esta Piedra que es Cristo; a fin de que, como el sabio viene de la Sabiduría y el santo de la Santidad, así Pedro de la Piedra».

Los cuarenta años del desierto están caracterizados en el texto paulino que hemos citado, por el paso del Mar Rojo, el maná y el agua, el pecado.

Toda esta historia debe servirnos de enseñanza, dice Pablo, porque culmina en nosotros que tocamos el fin de los tiempos. La revelación, en efecto, ha llegado a su plenitud. «¡Que nadie añada nada más a las palabras proféticas de este libro!».[1] La Iglesia empieza cuando todo está realizado y cumplido por Jesucristo. Ella no es más que la «plenitud de Jesucristo». Con el día de Pascua empieza el fin del mundo y la consumación final.

El paso del Mar Rojo

Los cuarenta años del desierto se sitúan entre estas dos fronteras: el Mar Rojo y el Jordán.[2]

El punto de partida de lo que san Pablo llama «el bautismo de Moisés», es el paso del Mar Rojo. No es difícil ver que este relato bíblico es de un género particular, épico. Esto no disminuye la fuerza del mensaje religioso: lo sitúa, simplemente y así lo refuerza. En los textos se mezcla una tradición literaria doble: la tradición yahvista (Dios hace retroceder al mar por medio del viento que levanta, se nos habla de los sentimientos de los Egipcios) y la tradición sacerdotal (papel del «mediador» Moisés, se encuentran bien reunidos los datos «teológicos», etc.). ¿Cuáles son los hechos y la situación en el momento de este paso del mar?

Los grupos (clanes y familias que han «abandonado Egipto» durante la noche de Pascua) acampan, al parecer, entre los lagos Amers y el golfo de Suez. Hay allí una multitud de pueblos: semitas pero también extranjeros, e incluso egipcios (algunos aventureros). Luego, después de todas las tergiversaciones del Faraón –durante la crisis referida en la historia de las plagas de Egipto– sucede que el ejército egipcio persigue a los fugitivos. En este momento del relato, algunos versículos expresan, como en

1 Apocalipsis 22,18.

2 En lo relativo a la Pascua de Egipto, cf. *Dios pasa por su pueblo,* Abbaye de Saint-André; y particularmente para todo lo que se refiere a este capítulo, Auzou, *De la servidumbre al servicio,* Orante.

resumen, todo lo que va a motivar el drama religioso del Éxodo: la pobre calidad espiritual del rebaño humano que Dios se ha escogido como su Pueblo para Sí, las rebeliones y las incesantes veleidades, y por otra parte, la actitud muy pura de Moisés en la plenitud de su misión profética:

> Al acercarse el faraón, los hijos de Israel alzaron la vista y vieron a los egipcios que avanzaban detrás de ellos, quedaron sobrecogidos de miedo y gritaron al Señor. Dijeron a Moisés: «¿No había sepulcros en Egipto para que nos hayas traído a morir en el desierto?; ¿qué nos has hecho sacándonos de Egipto? ¿No te lo decíamos en Egipto: "Déjanos en paz y serviremos a los egipcios, pues más nos vale servir a los egipcios que morir en el desierto?"».
>
> Ex 14,10-12

Es inútil comentar tales versículos. No pueden ser más claros ni más cargados de sentido. Volveremos a encontrar más adelante semejante blasfemia y nos detendremos en ella.

> Moisés respondió al pueblo: «No temáis; estad firmes y veréis la victoria que el Señor os va a conceder hoy: esos egipcios que estáis viendo hoy, no los volveréis a ver jamás. El Señor peleará por vosotros; vosotros esperad tranquilos».
>
> Ex 14,13-14

Moisés es aquí un hombre de fe como lo había sido Abrahán. En este instante dramático, se entrega con una certeza total a la Palabra de Dios.

En los versículos siguientes, descubrimos una nueva imagen y otra tradición, la de la vara de Moisés. Esta vara es como su insignia personal. Moisés es pastor. Como pastor lo ha escogido Dios en medio de los ganados de Jetró, su suegro, para hacer de él el Pastor del Pueblo de Israel. Por la vara de su Pastor, Moisés, manifiesta Dios su poderío a su Pueblo, y obra signos y prodigios.[3]

> El Señor dijo a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar, por lo seco.

3 Del mismo modo los Apóstoles que eran unos pescadores se convertirán en pescadores de hombres.

> Yo haré que los egipcios se obstinen y entren detrás de vosotros, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de sus jinetes. Así sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes».
>
> Ex 14,15-18

Lo que va a suceder depende enteramente de Dios. En ello se reconoce su propia gloria. Se trata de una epopeya, pero de una epopeya religiosa. Se trata de una gracia. Todo el estilo es «profético». Otras imágenes religiosas entran en juego. En primer lugar, el ángel o el enviado de Dios. Lo cual es una nueva manera de expresar su intervención. A continuación la columna de nube. Para los hebreos toda la creación está en la mano de Dios, le sirve de expresión. Está a su servicio.[4]

Este paso a través del mar dejó una impronta esencial en la Historia Santa. Al borde de este mar, el Pueblo temió morir; a través del mar encontró la vida enteramente nueva, la del pueblo de Dios, la vocación, la libertad y el camino hacia la Tierra prometida:

> Él dividió en dos partes el Mar Rojo: porque es eterna su misericordia. Y condujo por en medio a Israel: porque es eterna su misericordia. Arrojó en el mar Rojo al faraón y a su ejército: porque es eterna su misericordia.
>
> Salmo 136,13-15[5]

La travesía del Mar Rojo, es, pues, para Pablo, al fin de esta tradición el modelo del bautismo. «Pues no quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés

4 En el Salmo 104, p. ej., 1-4: «Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas; las nubes te sirven de carroza, avanzas en las alas del viento; los vientos te sirven de mensajeros; el fuego llameante, de ministro».

5 Cf. el Salmo 114 (de las vísperas del domingo) que canta estos sucesos con tanto vigor religioso, o incluso Is 63,11-13, este gran salmo del fin del exilio, que expresa con un sentido religioso muy fino lo que representaba el paso del mar, en la tradición religiosa, para el Pueblo disperso.

por la nube y por el mar... Estas cosas sucedieron en figura para nosotros».[6] He aquí el comentario del P. Auzou en su excelente obra sobre el Éxodo: «Cristo debía también pasar por la muerte antes de resucitar. Así "todos nosotros por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva" (Romanos 6,3-4). Se comprende así que el bautismo tenga su lugar propio en la liturgia de la Vigilia Pascual».[7]

Cuarenta años de castigo

¿Cuál es, pues, el sentido de esta estancia en el desierto durante cuarenta años? Un doble sentido. Un tiempo de prueba y de castigo –pero también un tiempo de purificación y de renovación, un tiempo de gracia, de presencia de Dios y de acción divina–.

Y ante todo, un tiempo de prueba y de castigo.[8]

La estancia de cuarenta años está puesta explícitamente en relación –en el libro de los Números– con un nuevo período particular de cuarenta días.

Al salir de Egipto, y después de la primera estancia en el corazón del Sinaí donde se ha concluido la alianza quizás después del oasis de Cadés donde el Pueblo ha establecido su campamento, Moisés envía emisarios para explorar el país de Canaán. Todo parece dispuesto para penetrar en la Tierra prometida.

> El Señor dijo a Moisés: «Envía gente a explorar la tierra de Canaán, que voy a entregar a los hijos de Israel: envía uno de cada tribu y que todos sean jefes».
>
> Moisés los envió desde el desierto de Farán, según la orden del Señor. Todos eran jefes de los hijos de Israel. Sus nombres eran estos: por la tribu de Rubén, Samúa, hijo de Zacur; por la tribu de Simeón, Safat, hijo de Jorí; por la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefuné; por la

6 1 Corintios 10,1-2.

7 Auzou, o.c. págs. 207-208.

8 Cf. el capitulo del P. Daniélou «Cuaresma y Pentecostés» en su *Ensayo sobre el misterio de la Historia*, Seuil.

tribu de Isacar, Yigal, hijo de José; por la tribu de Efraín, Oseas, hijo de Nun; por la tribu de Benjamín, Paltí, hijo de Rafú; por la tribu de Zabulón, Gadiel, hijo de Sodí; por la tribu de José: por la tribu de Manasés, Gadí, hijo de Susí; por la tribu de Dan, Amiel, hijo de Guemalí; por la tribu de Aser, Setur, hijo de Miguel; por la tribu de Neftalí, Najbí, hijo de Vafsí; por la tribu de Gad, Gueuel, hijo de Maquí.

Esos son los nombres de los que envió Moisés a explorar el país. Pero a Oseas, hijo de Nun, Moisés lo llamó Josué.

Nm 13,1-16

¿Qué interés tienen para nosotros estos nombres? Representan una delegación de todo el pueblo. Todo el pueblo, en sus personas, explora por primera vez la «tierra que yo doy –dice Dios– a los hijos de Israel».

Osea cambia de nombre. Es conocida la importancia simbólica del nombre en toda la Biblia, desde el Antiguo al Nuevo Testamento. Osea es Oseas, que quiere decir «salva».[9] Josué significa: Yahvé salva, Dios salva. Este nombre será el que pedirá el ángel que se dé al hijo de María: «Le pondrás por nombre Jesús».[10]

Los exploradores suben hacia el desierto de Sin, luego al Negeb y recorren toda la Palestina hasta el desierto de Hemat. ¡La exploración dura cuarenta días! ¡Henos de nuevo ante esta nueva cifra bíblica! El período de cuarenta días jamás tiene su fin en sí mismo. No se concibe un tiempo estable y definitivo, significado por esta cifra. Indica una preparación, una espera. Aguardando la entrada definitiva de todo el pueblo, estos delegados son como las primicias, y son también las primicias del país lo que ellos llevarán al desierto donde acampan los hijos de Israel:

Era la estación en que maduran las primeras uvas....

Llegados al valle del Racimo, cortaron un ramo con un solo racimo de uvas, lo colgaron en una vara y lo llevaron entre dos. También cortaron granadas e higos. Ese lugar se llama valle del Racimo, por el racimo que cortaron allí los hijos de Israel.

Nm 13,23-24

9 De ahí el grito de Hosanna: «¡Salva pues!».

10 Mateo 1,21 y Lucas 1,31.

¡Uvas, higos y granadas: reconocemos a Palestina! Este valle del Racimo está cerca de Hebrón. La imagen de los dos hombres con su racimo ha pasado a las esculturas de las catedrales y a la ilustración de los misales y de los manuscritos.

En el desierto donde todavía se da el maná, los enviados han probado los bienes del país donde mana leche y miel. Su información al fin de los cuarenta días será unánime en cuanto a los frutos del país, pero aparte de dos de entre ellos, Josué y Caleb, son muy pesimistas en cuanto a las posibilidades de conquista. No se consideran «llamados» y «salvados». No han visto de las cosas más que su apariencia «natural». La empresa para ellos, es solamente una empresa humana. Desde este punto de vista hay por qué desanimarse. ¡En seguida viene el abatimiento, la rebelión del pueblo de Dios!

> Al cabo de cuarenta días volvieron de explorar el país; y se presentaron a Moisés y Aarón y a toda la comunidad de los hijos de Israel, en el desierto de Farán, en Cadés. Presentaron su informe a toda la comunidad y les enseñaron los frutos del país. Y le contaron: «Hemos entrado en el país adonde nos enviaste; y verdaderamente es una tierra que mana leche y miel; aquí tenéis sus frutos. Pero el pueblo que habita el país es poderoso, tienen grandes ciudades fortificadas (...)».
>
> Y desacreditaban ante los hijos de Israel la tierra que habían explorado, diciendo: «La tierra que hemos recorrido y explorado es una tierra que devora a sus propios habitantes; toda la gente que hemos visto en ella es de gran estatura. Hemos visto allí nefileos, hijos de Anac: parecíamos saltamontes a su lado, y lo mismo les parecíamos nosotros a ellos».
>
> Entonces toda la comunidad empezó a dar gritos y el pueblo se pasó llorando toda la noche.
>
> Nm 13,25-28.32-33

Cuarenta años de gracia y de preparación

La estancia del desierto aparecía pues, ante todo, como un castigo, como una prueba, y será preciso no olvidar este aspecto. Pero no es el único. Es preciso subrayar también –y más todavía– un aspecto de gracia, de presencia, de Dios, de actividad divina.

La llegada al desierto había tenido un carácter maravilloso de liberación: el pueblo había sido «bautizado», dice san Pablo, en el Mar Rojo. El cántico religioso que celebra este suceso lo señala como una maravillosa intervención divina:

> Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar.
>
> Mi fuerza y mi poder es el Señor, Él fue mi salvación. Él es mi Dios: yo lo alabaré; el Dios de mis padres: yo lo ensalzaré.
>
> Ex 15,1-2

Esta característica de gracia se ha conservado en toda la liturgia de Israel. Pensemos por ejemplo en el salmo del Gran Hallel que sirve para celebrar la Pascua: «Guió por el desierto a su pueblo: porque es eterna su misericordia».[11] Pero es igualmente el eco del *Deuteronomio*, escrito bajo la inspiración profética: «Pues el Señor, tu Dios, te ha bendecido en todas tus empresas, se ha preocupado de tu marcha por este gran desierto; durante estos cuarenta años, el Señor, tu Dios, ha estado contigo, sin que te haya faltado nada».[12] Es la afirmación de un Amós: «Esto dice el Señor: Yo os había sacado de Egipto y conducido por el desierto cuarenta años».[13]

El tono llega también a Jeremías:

> El Señor me dirigió la palabra: Recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia, cuando ibas tras de mí por el desierto, por tierra que nadie siembra. Israel era sagrado para el Señor, fruto primero de su cosecha...
>
> Jr 2,1-3

La estancia en el desierto es la de los desposorios de la alianza. Así, cuando el Pueblo esté instalado en la Tierra prometida y se vuelva infiel, cuando siga las «vanidades» (los falsos dioses), el último medio empleado por Dios para conducirlo a sí, y para volver a encontrar un amor más bello todavía que el de los primeros desposorios, será conducir otra vez al Pueblo al desierto:

---

11 Salmo 136,16 (citado más arriba).
12 Deuteronomio 2,7.
13 Amós 2,10.

> Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto [a mi esposa], le hablo al corazón... Allí responderá como en los días de su juventud, como el día de su salida de Egipto.
>
> Os 2,16-17

Estamos, pues, en una perspectiva totalmente nueva. Los cuarenta años se convierten en un tiempo completamente bendito. A su término, el «resto» salvado, purificado, preparado, podrá entrar en la tierra prometida. Entonces, Josué y Caleb, los dos exploradores fieles de la primera incursión, desempeñarán el papel que tenía Noé al salir del diluvio: son los testigos de la obra de la gracia, por quienes Dios ha podido proseguir su obra y anudar el presente con el pasado.

En el texto a los Corintios que citábamos al principio de este capítulo, Pablo insistía sobre un doble beneficio tipológico de este período: el maná y el agua de la roca.

El maná

El maná es el pan de ruta de estos cuarenta años. He aquí cómo se presenta este «signo». Dios quiere enseñarnos, desde esta tierra, paciente y prácticamente, a depender solo de Él.[14] El acto que espera de la libertad humana es un abandono en sus manos. Precisamente esta dependencia es la que el hombre le rehusó. Para volver a enseñárnoslo paso a paso, existe ante todo este ABC fundamental de la vida cuyo apremio inmediato no puede dejar de comprender nuestra grosería: el pan cotidiano.

¡La vida terrena! Sobrecoge hasta las entrañas incluso a aquel que casi nunca reflexiona. A la hora de la comida, el hambre agudiza la espera de un alimento. El que los simboliza todos es el pan. Pero este pan debe ganarlo el hombre con el sudor de su frente: «¡Maldito el suelo por tu culpa! Comerás de él con fatiga mientras vivas; comerás el pan con sudor de tu frente».[15]

En esta laboriosa conquista del pan, el hombre debería aprender el encuentro entre su esfuerzo humano leal, perseverante, y

14 Cf. *Maison-Dieu*, n.º 18, R. Poelman, «El Pan de ruta».

15 Génesis 3,17-19.

la gracia del Dispensador todopoderoso. El campesino después que ha arado, sembrado, trabajado duramente, el rostro inclinado hacia el suelo, levanta su mirada hacia Aquel que dispensa «desde el cielo lluvias y las cosechas a sus tiempos».[16] El grano echado en la tierra por los cuidados del sembrador, morirá[17] y la simiente crecerá y se desarrollará sin que el hombre mismo sepa cómo. Primero la planta, más tarde la espiga, después el trigo que llena la espiga.[18] Es el Creador quien da el alimento con abundancia y llena los corazones de alegría. Trabajo del hombre y gracia de Dios: «No hay más que tomar la hoz, porque la cosecha está a punto». He aquí el pan de la ruta de los hombres, el pan de cada día. Depender de Dios en cuanto al pan cotidiano: todos los pueblos han comprendido esta «lección de cosas». Lo han traducido de un modo a veces muy infeliz (como en los ritos estacionales de los hechiceros) pero siempre expresivo.

El agua de la roca

Para calificar los beneficios del período de los cuarenta años, hay otro signo de la benevolencia del Señor, el agua que brotaba de la roca. Este episodio ha tenido un gran eco en la Tradición. Encontramos su realización misteriosa en el mismo evangelio.

He aquí los hechos referidos por el Éxodo.

Apenas comprometido en los caminos de la libertad, al salir del Mar Rojo, el Pueblo había sido probado, examinado por el Señor en las aguas de Mará.

> Moisés hizo partir del mar Rojo a Israel, que se dirigió hacia el desierto de Sur. Caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua. Llegaron a Mará, pero no pudieron beber el agua de Mará, porque era amarga. Por eso se llamó aquel lugar Mará.[19]
>
> El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué vamos a beber?». Moisés clamó al Señor y el Señor le mostró un madero. Él

16 Hechos 14,17.
17 Juan 12,24.
18 Marcos 14,27-28.
19 Mará quiere decir: amarga.

lo echó al agua y el agua se volvió dulce. Allí el Señor dio leyes y mandatos al pueblo y lo puso a prueba.

Ex 15,22-26

Tenemos, como en resumen, las relaciones típicas del Pueblo de Moisés y de Dios durante los cuarenta años.[20] Encontramos en ellas verdaderas dificultades humanas. Imaginemos aquella marcha sin agua por un desierto tórrido. Después la alegría de una fuente y aquella decepción tanto más penosa: no era potable, era amarga.

La reacción inmediata es sin fe, sin esperanza, crudamente natural –exactamente como si Dios no existiese, como si todavía no hubiera hecho nada para manifestar su Amor–. Toda la queja recae sobre el intermediario.

Moisés, el hombre que desde el primer instante ha comprendido el peso de su vocación, que se ha debatido contra ella como ha podido[21] y que, en el desierto, no tiene más que un solo recurso, uno solo a quien hablar, uno solo de quien debe esperarlo todo: el Señor.[22]

¡Dios en definitiva que siempre escucha!

Pero he aquí que se llega a un valle, en pleno macizo sinaítico, en Refidim, y el agua escasea una vez más. Una masa poco organizada de hombres, de mujeres y de niños, sin contar las bestias de carga y los ganados, se ha reunido en este desierto.

El pueblo se querelló contra Moisés y dijo: «Danos agua que beber». Él les respondió: «¿Por qué os querelláis contra mí?, ¿por qué tentáis al Señor?». Pero el pueblo, sediento, murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?».

Clamó Moisés al Señor y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Por poco me apedrean». Respondió el Señor a Moisés: «Pasa al frente del pueblo y toma contigo algunos de los ancianos de Israel; empuña el bastón con el que golpeaste el Nilo y marcha. Yo estaré

20 El *Deuteronomio* (9,24) tiene una palabra terrible: «Habéis sido rebeldes al Señor, desde el día que os conocí».

21 Éxodo 4,1-17.

22 Cf. más arriba págs.58s., el paso del mar Rojo.

allí ante ti, junto a la roca de Horeb. Golpea la roca, y saldrá agua para que beba el pueblo».

Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y llamó a aquel lugar Masá y Meribá, a causa de la querella de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: «¿Está el Señor entre nosotros o no?».

Ex 17,1-7

La demanda ha sido formulada como una amenaza. Tiene, además, al mismo tiempo, algo de conmovedor: habían sido ya socorridos en Mará: ¡danos agua!

Hay que recordar qué representa el desierto por donde camina este pueblo. Han caminado durante horas bajo un sol implacable. No han visto más que arena y guijarros, o a lo sumo en la península sinaítica, estas rocas enormes, caóticas, a menudo rojas, extraordinariamente bellas, sobre el fondo imperturbable del cielo azul, con el juego de las sombras que da matices insospechados, rosas, ocres y opalinos a todo el valle.

Pero nada de vegetación –alguna vez una acacia ceyal, árbol espinoso– nada de agua. Las horas se suceden, aquella sequedad, aquella sed, y finalmente aquel agotamiento total. Los niños que lloran y gimen; es preciso llevar a los pequeños. Se arrastran, ¿pero hacia dónde? Nada hay en el horizonte que sea reconfortante.

Todos los malos sentimientos llenan el corazón del hombre; murmuraciones y rebelión, olvido de todo lo que ha sido bueno y feliz, egoísmo, blasfemia.

En los versículos 2 y 7 se repite tres veces una palabra: buscar querella, rib en hebreo, de donde viene Meribá. Otra segunda palabra se repite dos veces: tentar, poner a prueba, nasah en hebreo, de donde viene Masá. Masá y Meribá son los nombres dados a este lugar, como el nombre de Mará había sido dado a la fuente purificada por Moisés.

La querella dirigida a Moisés es agravada por la injusticia de la acusación: tú me has salvado de Egipto para hacerme morir en el desierto... Es la turba. Tiene sed, pierde el control de sí misma. Está tramando lapidar a su Jefe.

En cuanto a Dios, tentarle, ponerle a prueba, arrogarse algún derecho sobre Él, es prácticamente negar su gracia, matar el abandono en sus manos. Se le trata de una manera puramente humana, blasfemadora. No hay ya entrega en Él.

«¿Está el Señor entre nosotros o no?».[23]

Se comprende perfectamente esta cuestión grande y trágica que los mismos profetas exponen en el momento de las pruebas trastornadoras. Aquel grito del desgraciado: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»,[24] podía conmover profundamente el corazón de Dios. Pero, ¿esta intimación? ¡Tentar a Dios, desafiarle, qué gran falta! Frente a toda esta debilidad descubrimos la actitud soberana y oímos la respuesta de Dios.

Una roca domina toda la escena. Es como una especie de bloque sin hendidura y sin salida. Y esta imagen quiere subrayar el carácter extraordinario de la intervención divina. No hay agua en la piedra. Pero la roca es también símbolo de poder, de estabilidad. Moralmente de protección, de certeza, de paz –en este sentido, la Roca vendrá a ser uno de los nombres del Señor para su Pueblo–.

Moisés debe dirigirse hacia la roca, bastón en mano. Aquel bastón del que hemos hablado más arriba, en el paso del mar. Algunos ancianos de Israel están muy cerca, como testigos escogidos, y Dios se hace presente sobre la roca, frente a Moisés. Toda la escena sucede delante de Dios, es decir en su Presencia. Moisés golpea la roca, por orden de Dios, y el agua brota en abundancia.[25]

Todos pueden beber abundantemente. Con el agua la vida renace, se templan los cuerpos, se apaciguan las almas, vuelve la alegría. Se redescubre al hermano, vuelven a comenzar las conversaciones y pronto, sin duda, los cantos. Estas aguas abundantes son un don de Dios.

---

23 Encontramos de nuevo en el libro de Judit (7;8), una tentación de Dios muy característica y, en frente de ella, la actitud completamente clara y religiosa de los verdaderos fieles.

24 Salmo 22,1

25 El libro de los *Números* (20,11) refiere un relato parecido o idéntico, no se sabe con seguridad.

La columna de luz

Falta por señalar un último elemento, o más bien por repetir. Es la nube, oscura y luego luminosa (tradición elohista) que hay que identificar con la columna de luz, columna de nube y columna de fuego (tradición yahvista), y finalmente con la «gloria» de que nos habla la tradición sacerdotal.[26]

Repitamos algunos de los textos del Éxodo.

Se trata en primer lugar de la salida de Egipto:

> El Señor caminaba delante de los israelitas: de día, en una columna de nubes, para guiarlos por el camino; y de noche, en una columna de fuego, para alumbrarlos; para que pudieran caminar día y noche. No se apartaba de delante del pueblo ni la columna de nube, de día, ni la columna de fuego, de noche.
>
> Ex 13,21-22

Así se expresa el texto yahvista, para mostrarnos cómo marcha el Pueblo conducido por Dios.[27]

La unión de las tradiciones yahvista y sacerdotal (nube y gloria) aparece en la historia del maná:

> Los hijos de Israel se volvieron hacia el desierto y vieron la gloria del Señor que aparecía en una nube.
>
> Ex 16,10

La nube se manifiesta incluso en el momento de la alianza del Sinaí:

> El Señor dijo a Moisés: «Voy a acercarme a ti en una nube espesa, para que el pueblo pueda escuchar cuando yo hable contigo, y te crean siempre»...
>
> Al tercer día, al amanecer, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre la montaña; se oía un fuerte sonido de trompeta y toda la gente que estaba en el campamento se echó a temblar.
>
> Ex 19,9.16

---

26 Este tema es presentado en toda su amplitud y sus precisiones por Auzou en su libro ya citado: *De la servidumbre al servicio*, Orante, págs. 208-215.

27 Hemos encontrado más arriba el segundo texto. Cf. Éxodo 14,19-20 y 24. La columna de nube es además identificada aquí con el Ángel del Señor.

Finalmente, en el momento de la conclusión de la Alianza encontramos de nuevo a Moisés sobre la Montaña en un ambiente de nube, de llama y de gloria.

Repetimos este texto por causa de la notable síntesis de sus elementos.

> La gloria del Señor descansaba sobre la montaña del Sinaí y la nube cubrió la montaña durante seis días. Al séptimo día llamó a Moisés desde la nube. El aspecto de la gloria del Señor era para los hijos de Israel como fuego voraz sobre la cumbre de la montaña. Moisés se adentró en la nube y subió a la montaña. Moisés estuvo en la montaña cuarenta días y cuarenta noches.
>
> Ex 24,16-18

La escena parece presentarse como sigue: la Montaña del Sinaí está coronada en su cumbre por una espesa nube que se rasga por el resplandor de los rayos. Para la fe religiosa del Pueblo de Israel, los elementos naturales son una expresión de la intervención de Dios, de su presencia activa –por lo demás encarnada aquí en lo concretó de la Historia santa–. Los hebreos reconocen la gloria de Dios en la nube y en el rayo, oyen su voz en la tempestad.

Moisés, solo, sube hacia el Señor, vive cuarenta días y cuarenta noches en la soledad humana y la intimidad divina. Al volver vendrá con las tablas de la Ley.[28]

Cuanto mayor contacto se toma con semejantes textos sagrados, mejor se vislumbra la importancia de este suceso que concierne a todas las generaciones y que ha llegado, con sus consecuencias, hasta nosotros. Dios se ha manifestado con el signo de su gloria y se ha encontrado un hombre para comprenderle y responderle! ¡Así hemos recibido su Ley!

He aquí como expresa este misterio el *Deuteronomio:*

> Vosotros os acercasteis y estuvisteis al pie de la montaña. La montaña ardía en llamas que se elevaban hasta el cielo entre nieblas y densas nubes.

28 Cf. pág.21.

Entonces el Señor os habló de en medio del fuego. Vosotros oíais sonido de palabras, pero no veíais figura alguna, sino tan solo una voz.

Él os anunció su alianza, que os mandó cumplir, las «diez palabras», y las escribió en dos tablas de piedra.

Dt 4,11-13

La nube y la gloria están particularmente presentes en la Morada de Dios. La tradición bíblica ve además las dos Moradas de Dios del Antiguo Testamento una enfrente de la otra. El misterio del Templo de Jerusalén ha sido resaltado por el recuerdo guardado de la Tienda en el desierto.

Entonces la nube cubrió la Tienda del Encuentro[29] y la gloria del Señor llenó la Morada. Moisés no pudo entrar en la Tienda del Encuentro, porque la nube moraba sobre ella y la gloria del Señor llenaba la Morada. Cuando la nube se alzaba de la Morada, los hijos de Israel levantaban el campamento, en todas las etapas. Pero cuando la nube no se alzaba, ellos esperaban hasta que se alzase. De día la nube del Señor se posaba sobre la Morada, y de noche el fuego, en todas sus etapas, a la vista de toda la casa de Israel.

Ex 40,34-38

Esta imagen es verdaderamente la de «Dios-con-nosotros».

Cuando David, el rey generoso y lleno de vida, piensa construir una Casa al Señor en Jerusalén, la primera respuesta de Dios es esta: «Desde el día en que hice subir de Egipto a los hijos de Israel hasta hoy, yo no he habitado en casa alguna, sino que he estado peregrinando de acá para allá, bajo una tienda como morada. Durante todo el tiempo que he peregrinado con todos los hijos de Israel».[30]

Sin embargo, puesto que el Pueblo de Dios habita ahora la Tierra prometida, Salomón podrá construir un Templo. Dios está conforme.

En el momento de la consagración de este Templo, los sacerdotes transportan el Arca de la alianza de la Tienda en que esta

29 Cf. pág. 25.
30 2 Samuel 7,6-7.

reposaba hasta el Santo de los Santos, aquella Morada retirada, oscura, sagrada, hecha para recibirla.

> Cuando salieron los sacerdotes del santuario –pues ya la nube había llenado el templo del Señor–, no pudieron permanecer ante la nube para completar el servicio, ya que la gloria del Señor llenaba el templo del Señor.
>
> 1Re 8,10-11

¿Y si nos volviéramos ahora hacia la Virgen María en Nazaret, en el momento en que el ángel Gabriel llega con el gran mensaje: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo»?

María se convierte en el «trono de la Sabiduría, en una columna de nube».[31] El Verbo de Dios, en ella, se hace plenamente Emmanuel (Dios-con-nosotros) para siempre. Ella es el Templo lleno de la gloria del Señor. ¿Cómo sucederá esto?

A su pregunta el ángel responde:

> El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra.
>
> Lc 1,35

Es la misma nube signo de la misma Presencia y de la misma Acción.

Y nos encontramos delante de Jesús.

¿Qué nos dice san Juan en su prólogo?

> Y el Verbo se hizo carne y plantó su tienda entre nosotros,[32] y hemos contemplado su gloria...
>
> Jn 1,14

Sí, «es el reflejo de la gloria del Padre»,[33] en Él habita corporalmente la Plenitud de la Divinidad.[34]

Hemos de volver a la fiesta de las Tiendas de la que hemos ya hablado y en la cual apareció el gran signo del agua manada de la roca.

---

31 Eclesiástico 24,4.

32 ¡Aquí podemos ver cuán humilde era la preparación de la Tienda del desierto!

33 Hebreos 1,3.

34 Colosenses 2,9.

Hay, en efecto, un segundo elemento del ceremonial. Después de la fiesta del agua, tiene lugar la fiesta de la luz. Se ilumina el Templo con inmensos candelabros colocados en el atrio de las mujeres y que arden toda la noche. Desde la colina de los Olivos, que está en frente de Jerusalén, la vista debía ser extraordinaria: ¡Como si el Templo se hubiera convertido en la vasta columna de luz en medio del desierto del mundo!

Unos levitas, de pie en los escalones que suben del atrio de las mujeres al de los hombres, cantan salmos.

Este momento de la fiesta da a todo Jerusalén un clima de oración y de alegría religiosa excepcionales.

San Juan nota que Jesús se encuentra junto al arca de las ofrendas,[35] es decir, en el lugar de los cepillos destinados a recibir las ofrendas, por lo tanto en medio de los candelabros ardientes, cuando dice:

> Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.
>
> Jn 8,12

La imagen del Éxodo da todo su alcance a esta proclamación: ¡yo soy la luz! Se realizaban precisamente en esta fiesta los textos de la salida de Egipto. Quien sigue a Jesús, como los Hebreos seguían a la columna luminosa en el desierto, camina hacia la Tierra prometida.

¡Luz y vida están totalmente asociados en este país de oriente!

Cuando Jesús ilustra su proclamación dando la vista a un ciego de nacimiento,[36] cumple un «signo» casi tan maravilloso como al resucitar a Lázaro, el muerto de cuatro días.[37]

¡La luz y la vida! Al hablar así Jesús, se cumple un oráculo de Isaías que repetimos en la noche de Navidad:

---

35 Juan 8,20.

36 Juan 9.

37 «¿Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?», Juan 11,37.

> El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaba en tierra y sombras de muerte, y una luz les brilló.
>
> Is 9,1

Y también aquella otra profecía, una de las más maravillosas del *Tercer Isaías*, que canta a la vuelta del exilio la Ciudad de Jerusalén, convertida toda ella en luz porque la gloria del Señor –Jesús– ha aparecido en ella:

> ¡Levántate y resplandece, porque llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor y su gloria se verá sobre ti. Caminarán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora.
>
> Is 60,1-3

Este es, en el contexto de la Fiesta de las Tiendas, la revelación de Cristo-luz.

Sería preciso, para acabar este tema de la Nube, Columna de luz y de gloria, repetir aquí la lectura de la Transfiguración,[38] con la evocación de las Tiendas, la gloria de Jesús, el coloquio sobre la Pascua y la nube que envuelve la Montaña.

Sería también necesario acordarse de la nube que sustrae a Jesús de la vista de los suyos en el momento de su Ascensión y, en fin, de su retorno y de su divina Parusía:

> Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y gloria; enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.
>
> Mc 13,26

Estos son algunos de los temas religiosos que nos proponen los cuarenta años del Pueblo de Dios en el desierto. Cuarenta años de castigo, cuarenta años de pruebas, cuarenta años de gracia.

Cuarenta años de formación para la Alianza y de preparación para la Tierra prometida.

---

38 Lucas 9,28-36, cf. págs. 43-46.

Capítulo VI

La gran cuaresma de Jesucristo

Jesús ayunó cuarenta días y
cuarenta noches.

El paso del Jordán

«Nuestro padres fueron bautizados en Moisés por la nube y por el mar». Hemos intentado mostrar en qué sentido este pasaje del Mar Rojo fue calificado así por Pablo, en su carta a los Corintios.[1]

Este «bautismo» ponía al Pueblo de Dios en camino para su Éxodo a través del desierto. Pero, este período de la historia sagrada, tan particularmente rico en intervenciones divinas, en dones e instituciones, estos cuarenta años que formaron al Pueblo de Dios –«Yo seré su Dios y ellos serán mi Pueblo»– terminan como empezaron, por un «signo» parecido.

Se trata del paso del Jordán.

Al salir, perseguidos por los egipcios, los hijos de Israel atravesaron el Mar Rojo, bajo el mando de Moisés. Al final, para entrar en la Tierra prometida, para abandonar el desierto, tuvieron que franquear el Jordán bajo la dirección de Josué.

El paso del Jordán es de un género literario manifiestamente parecido al que refiere el paso del Mar Rojo.

---

1 1 Corintios 10,2.

Todo el Éxodo está situado de este modo entre este doble signo del agua. Josué ante todo da al pueblo la orden de santificarse: Purificaos, porque mañana el Señor obrará prodigios en medio de vosotros (cf. Jos 3,5).

Purificarse es disponerse a la acción santa de Dios. Moisés, antes de la gran teofanía del Sinaí, había ordenado dos cosas al Pueblo para purificarse: en primer lugar, lavar sus vestidos. El rito es elocuente por sí mismo. Prepara para una cierta actitud del alma. En segundo lugar, la abstención provisional de las relaciones sexuales.[2] Esto también es muy característico. Las relaciones sexuales son absorbentes y terrenales. Así pues, se trata de disponer el alma para reconocer a Dios. Esto no sucede sin un renunciamiento, sin una abstención con vistas a la libertad y a los misterios trascendentes. Este será el argumento de Pablo en favor de la virginidad.[3]

Luego, el relato de Josué sitúa inmediatamente a este personaje en la prolongación del mismo Moisés:

> El Señor dijo a Josué: «Hoy mismo voy a empezar a engrandecerte ante todo Israel, para que vean que estoy contigo como estuve con Moisés. Tú dales esta orden a los sacerdotes portadores del Arca de la Alianza: "En cuanto lleguéis a tocar el agua de la orilla del Jordán, deteneos en el Jordán"».
>
> Jos 3,7-8

El bautismo del Mar Rojo concluye, en cierta manera, en el bautismo del Jordán. «Así conoceréis que el Dios vivo está en medio de vosotros», añade Josué.[4]

---

2 Éxodo 19,10-15.

3 «El no casado se preocupa de los asuntos del Señor, buscando contentar al Señor; en cambio, el casado se preocupa de los asuntos del mundo, buscando contentar a su mujer (este es su verdadero deber)» (1Cor 7,32-33).

No se trata aquí de poner una nota de descrédito en el matrimonio, sino simplemente subrayar un principio que, aplicado concreta, generosamente, caracteriza vocaciones diferentes. En la virginidad, se da una disponibilidad particular para el Reino de Dios: quien sea sincero y leal debe reconocerlo.

4 Josué 3,10.

El bautismo de Jesús

Ahora bien, Jesús comienza su vida pública yendo a sumergirse en las aguas del Jordán, no lejos de Jericó, y termina su Éxodo celebrando la Pascua: «Había llegado su hora de *pasar* de este mundo al Padre».[5]

Último «resto» de su Pueblo, Jesús reconstruye toda la historia y los tres años de su vida pública corresponden a los cuarenta años de Israel en el desierto: período rico en Epifanías, instituciones y milagros.

En aquel momento, Juan el Bautista, predicaba la penitencia en el desierto de Judea. Pero, repitiendo el gozoso oráculo del fin del destierro en Babilonia, decía:

> Una voz grita: «En el desierto preparadle un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios».
>
> Is 40,3

Y el Pueblo agrupado se preguntaba oyéndole si un nuevo Éxodo, si los «desposorios del desierto»[6] iban a reanudarse –«y confesaban sus pecados y él los bautizaba en el Jordán»–.[7]

Entonces se manifiesta Jesús:

> Por entonces viene Jesús desde Galilea al Jordán y se presenta a Juan para que lo bautice. Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole: «Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?». Jesús le contestó: «Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia». Entonces Juan se lo permitió.
>
> Mt 3,13-15

Jesús viene *para* ser bautizado. Insiste cuando Juan se niega, como insiste en la última Cena en lavar los pies de sus discípulos cuando Pedro protesta. ¿Quién puede penetrar los designios de Dios? Nos encontramos ante ciertos actos muy particulares, queridos por Dios y cargados de misterio religioso.

---

5 Juan 13,1.
6 Jeremías 2,2.
7 Mateo 3,6.

Así es como se cumple toda justicia, es decir, la santidad preparada, anunciada en el Antiguo Testamento, va a alcanzar su plena manifestación.

Al descenso de Cristo a las aguas del Jordán responde una maravillosa epifanía –se levanta un instante el velo del secreto de Dios–.

> Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».[8]
>
> Mt 3,16-17

Oímos al principio la voz del Padre

Los cielos se abren en el momento en que Cristo sale del agua, «mientras oraba», nota san Lucas.[9] Se deja oír una voz: la del Padre. El Padre es invisible. Nadie lo ha visto jamás. No se puede ver a Dios sin morir.[10] Solo Cristo, en el cielo, nos conducirá cara a cara hacia él.[11]

Pero la voz que oímos en el Jordán, ¡en qué profundidad nos introduce ya! Esta voz revela la alegría del Padre: «Tu eres mi Hijo», dice, y nos lo presenta: «El amado, en ti me complazco».

¿Cuál es esta alegría del Padre? Es el don de su Hijo amado, allí, en medio de los pecadores, en el agua del Jordán.

Es el Amor de Dios que nos es evangelizado: Dios ama amar, su alegría está en la salvación de los hombres.

> Porque tanto amó Dios al mundo, que entrego a su Unigénito...
>
> Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.
>
> Jn 3,16-17

8 Lucas 3,22 y Marcos 1,11, dicen que la voz del Padre se dirige directamente a Jesús: «Tú eres mi Hijo», etc.

9 Lucas 3,21.

10 Cf. pág.26.

11 1 Corintios 13,12.

Aparece el misterio de Cristo

La voz del Padre, en efecto, sanciona por adelantado, toda la vida de Jesucristo. No os extrañéis, hombres, de lo que hará mi Hijo, sino escuchadle; en él me complazco: todos sus actos, todas sus palabras, todo su ser revela mi Amor.

«Lo visible del Padre invisible, es Cristo; lo invisible del Cristo Visible, es el Padre», dice san Ireneo.[12] Cristo es el Enviado del Padre.[13]

Pero, desde el primer momento, también es designado como el misterioso Siervo doliente del que hablan los cuatro Poemas del Siervo, en el *Libro de la Consolación de Isaías.* La voz del Padre expresa desde el comienzo del primer poema, la consagración del Siervo:

> Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones.
>
> Is 42,1

Pero en esta teofanía está presente una tercera Persona.

Jesús desciende al agua –se humilla, se abaja–.

Las aguas lo cubren –es el símbolo de la muerte–.[14]

Luego sale, se abren los cielos, se deja oír la voz paterna, el Espíritu desciende sobre él.

El Espíritu desciende sobre Cristo y permanece en Él

¡El agua y el Espíritu! Cristo anunciará pronto su mutua relación a Nicodemo:

> En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios.
>
> Jn 3,4[15]

---

12 A.H. IV, 6, 3; cf. San Ireneo, *De la plenitud de Dios,* pág. 39, Casterman.

13 P. ej., Juan 8,16, y muchos otros pasajes.

14 Juan 13,16.

15 Cf. Adrien Nocent, *Trouver sa lumière*, Editions Universitaires, libro sobre la Cuaresma.

El espíritu o el viento, la palabra es idéntica en hebreo.

El Génesis nos habla ya del Espíritu de Dios que sobrevolaba las aguas originales en el momento en que aparecía la creación capaz de gracia.[16]

El soplo de Dios pasa sobre las aguas del diluvio para permitir a la tierra surgir renovada.[17]

También por su soplo poderoso el Señor abrió a su Pueblo un paso en el mar.[18] El Espíritu desciende ahora sobre Jesús en las aguas del Jordán. Y desciende no por un breve instante ni para un contacto pasajero –permanece–. Juan Bautista lo testifica con simplicidad y oímos su descubrimiento. Jesús era su primo pero hasta este bautismo no lo conocía realmente. Ha sido preciso el signo del Espíritu que permanece para que Juan reconozca en Jesús de Nazaret al Elegido de Dios, es decir a este misterioso «siervo» del que hablaba Isaías,[19] o también «al Cordero de Dios».[20] ¡Precisamente para manifestarlo, había venido –sin saberlo– el Bautista al Jordán!

Los cuarenta días en el desierto

Del bautismo pasamos inmediatamente a la estancia en el desierto. Los dos sucesos se relacionan.

El Espíritu Santo se ha manifestado en Cristo. Este mismo Espíritu impulsa a Jesús hacia la soledad para inaugurar un combate contra el Tentador. Con este acto empieza la vida pública del Mesías.

> Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo.
>
> Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo...
>
> Mt 4,1-2

16 Génesis 1,2.
17 Génesis 8,21.
18 Éxodo 14,21.
19 Isaías 42,1.
20 Isaías 53, el principal y último Poema del Siervo (v. 7).

Es necesario considerar varios elementos bíblicos para comprender el alcance de la escena que se nos presenta.

Y ante todo el desierto

Lo hemos encontrado ya varias veces en este libro. Moisés y Elías hicieron en él el aprendizaje de su propia vocación: la que se expresa en la Ley y en los Profetas. Se renovaron en él durante períodos cuadragesimales.

El Pueblo de Dios fue probado y formado el desierto durante cuarenta años.

Cuando los profetas piensan en una nueva alianza, la ven realizarse en el desierto: «La llevo al desierto, oráculo del Señor».[21]

El desierto representa en el Antiguo Testamento el lugar privilegiado para la búsqueda de Dios. Pero al mismo tiempo es lugar de tentación.

Y he aquí que el mismo Jesús se dirige a su vez al desierto.

Se trata, según la tradición, del Djebel Karantal,[22] rudo y austero, que alza su masa al borde de la llanura de Jericó, a dos horas largas a pie del lugar del bautismo de Cristo.

Un monasterio está pegado a la ladera de la montaña y varias grutas se abren en la pared rocosa.

Jesús dirigiéndose a él, no solo es el Israel de Dios que va a rehacer la historia de su Pueblo, sino que después de la Teofanía del Jordán, aparece aún más profundamente como el nuevo Adán, el hombre hecho a la Imagen de Dios, el Hijo de Dios.

Viene a aprender la vida del desierto antes de introducir a toda la Creación en el paraíso de Dios su Padre. También encuentra allí la tentación y al mismo Demonio.

Desearíamos que todo fuese armonioso y tranquilo, «natural» y trasparente. Pero no. En realidad el mundo es caótico y confuso, lleno de odio y sometido a la muerte. Existe un *ser per-*

21 Oseas 2,16.

22 Djebel Karantal, el Monte de la Tentación, en el desierto de Judea, donde Jesús fue tentado por el demonio (Mateo 4,8).

sonal que es el «*enemigo*» de *Dios*. Esta allí desde el Génesis al Apocalipsis.

Para entender un poco el antagonismo de Cristo y del Demonio, tenemos que escuchar el Evangelio: Jesús es la Verdad.[23]

> Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz
>
> Jn 18,37

En el desierto en que se encuentra, adora al Padre, en Espíritu y en verdad.[24] En este preciso momento se acerca aquel a quien Jesús llamará con aversión «el mentiroso y el padre de la mentira».[25] No hay compromiso posible. La orientación es radicalmente diversa, antagónica.

Jesús es la Vida,[26] toda su obra consiste en traer la vida.

> Quien escucha mi palabra... y ha pasado ya de la muerte a la vida... Igual que el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado también al Hijo tener vida en sí mismo.
>
> Jn 5,24-26

Jesús revela el agua viva a la Samaritana[27] y el pan vivo a sus discípulos:

> Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre...
>
> Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí.
>
> Jn 6,51.57

Así pues, Jesús llama a aquel que vagabundea por el desierto y que lo interpela, «el homicida desde el principio».[28] ¡Qué choque y qué conflicto se anuncia! Se concluirá en la cruz por la muerte de Jesús, pero será una muerte voluntaria, libre, aceptada

23 Juan 14,5.
24 Juan 4,23.
25 Juan 8,44.
26 Juan 14,6.
27 Juan 4,10.
28 Juan 8,44.

(«Nadie me quita la vida, yo la entrego libremente»).[29] Y por la derrota del enemigo.

> La Muerte y la Vida lucharon en un duelo único: el Rey de la Vida murió y ¡he aquí que reina vivo!
>
> Victimae pascali laudes

Jesús viene a buscar el corazón del hombre:

> El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él.
>
> Jn 14,23

El Demonio es el contrincante. El que disputa a Cristo el corazón del hombre. El evangelista señala un momento trágico de esta lucha. Aquel en que, en la mesa de la Cena, Judas acepta el bocado mojado que le presenta el Señor:

> Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto».
>
> Jn 13,27

En definitiva el reino que viene a inaugurar Jesús no es de este mundo. Precisamente Cristo está en el desierto para prepararse a anunciar este Reino, cómo se entra en él (por el agua y el Espíritu), cuál es su código (las Bienaventuranzas), sobre qué roca está fundado y cómo las Puertas del Infierno no podrán prevalecer.

Ahora bien, el príncipe de este mundo a quien debe lanzar fuera,[30] se adelanta hacia él.

¿Cuáles son sus armas durante esta larga cuaresma? ¿Qué hace? ¿En qué consiste su estancia en el desierto, esta preparación para su vida pública?

---

29 Juan 10,17-18.

30 «Ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,31-32).

Ayuna y ora

Por experiencia propia dirá a sus discípulos que hay demonios a quienes no se puede expulsar sino por el ayuno y la oración.[31]

E incluso, en el jardín de Getsemaní: «Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil».[32] Ve a sus discípulos tan débiles. Puesto que él mismo ha luchado contra el demonio: lo conoce.

El ayuno es una disciplina espiritual tradicional. Pensemos sobre todo en las grandes cuaresmas de Moisés en el Sinaí. Es pobreza de alimento terrestre hacia la abundancia de alimento de Dios.

Es una oración del cuerpo que declara su total dependencia de Dios. El ayuno, para nosotros, no tiene valor cristiano más que en la fe. La Iglesia jamás cesará de contemplar a Cristo ayunando. Todos los humanismos deben guardar silencio ante esta visión que nos ofrece el Evangelio.

Cristo ayuna de pan –pero se alimenta de la Palabra de Dios–.

Hay que resaltar, en efecto, cómo se comporta en la tentación. Opone al Demonio la Palabra de Dios. Dice: «Está escrito». Se refiere a las Escrituras y más particularmente el *Deuteronomio*, aquel libro enteramente inspirado por el soplo profético. Lo cita tres veces. Y los tres pasajes están muy cerca uno del otro: 6,13; 6,16 y 8,3.

Cristo aparece como «penetrado» por estos capítulos, como si los «meditase» ante su Padre cuando el Demonio se acerca para tentarle.

Tal es la imagen que se nos presenta. Es significativa. Tiene un especial sentido para nosotros.

Además hay que pensar en esta comunicación de la oración en la que hemos sido introducidos por la teofanía del Jordán. «Mi Hijo, el amado; en ti me complazco». Esta Palabra del Padre,

31 Marcos 9,25.
32 Mateo 26,40.

escondida en el alma humana de Jesús domina los cuarenta días y las cuarenta noches.

Ante Él, el Demonio está inquieto. Aquel hombre le intriga. Presiente al Vencedor, sin que esto sea claro. La duda del Demonio durará a lo largo de toda la vida pública: «Si tú eres el Hijo de Dios...», «Nosotros sabemos quién eres tú», gritan los poseídos. Es la criatura, incluso la espiritual, ante el misterio del Verbo-hecho-carne.

Primera tentación

Al final de su largo ayuno, el Hijo del hombre tiene hambre. Igualmente tendrá sed,[33] y sueño[34] y sufrirá.[35]

El Tentador se acerca con cautela a un hombre, de la misma manera que a los primeros padres en el paraíso: «¿Conque Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?».[36]

> El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes».
>
> Mt 4,3

¿Qué propone el Demonio a Jesús? Ejercita, le dice, para fines temporales y personales, el poder de los milagros, es decir, de los «signos», que deben servir para manifestar el Reino de Dios. Desvía, acapara este poder para tu provecho.

¡Sería un mal comienzo para su misión!

La proposición del Demonio, a primera vista, tiene el aspecto de un pequeñísimo abuso de poder, casi legítimo. Pero si Cristo cediera... en realidad, ¿qué quedaría del Salvador, de su santidad? No se estaría ya en el Reino de Dios, sino en el reino de las mil y una noches. ¡Todo quedaría destruido!

> Pero él le contestó: «Está escrito: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"».[37]
>
> Mt 4,4

33 Juan 4,7; 19,28.
34 Marcos 4,38.
35 Hebreos 5,7-9.
36 Génesis 3,1.
37 Deuteronomio 8,3.

La tentación de Cristo es verdadera. Se enlaza con la tentación de su Pueblo en el desierto, cuando las provisiones se habían agotado y cuando se volvieron en su corazón a los pucheros de carne y a las cebollas de Egipto.

No, hay que aprender a ser alimentado por Dios, a depender de Él. Es el misterio del maná que Jesús vio antes de exponerlo a sus discípulos.

Segunda tentación

> Entonces el diablo lo llevo a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras"».[38]
>
> Mt 4,5-6

Se vislumbra cómo procede el Demonio para tentar a ese hombre que ayuna en el desierto. Lo conduce (¿imaginativamente, en sugestión?). ¿No es así como procede con nosotros? ¿Y adónde? A la Ciudad Santa. Se trata de la religión. Lo coloca sobre la cumbre del Templo, con el abismo cortado a pico por encima de los valles del Cedrón y del Tyropeón.

«Si tú eres...». ¿ Quién es él? Es la pregunta que han a plantearse una y otra vez a lo largo de toda la vida pública, todos los que rodean a Cristo. El mismo Jesús hará esta pregunta a sus apóstoles, antes del primer anuncio de la Pascua: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre...?». «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».[39]

¡He aquí que el Demonio se sirve de la misma Palabra de Dios!

En la verdadera religión no hay automatismo, ni siquiera un automatismo de la Palabra de Dios –y tampoco de los sacramentos–. La Escritura solo trae la Vida en el Espíritu Santo. Pero puede también servir de veneno, dar la muerte. Cabe la posibilidad

38 Salmo 91,11-12.
39 Mateo 16,13-16.

de servirse de ella, de apropiársela, en lugar de dejarse formar por ella.

El Demonio se sirve aquí del salmo 91 que es un salmo de la vida en el desierto. ¿Tal vez lo rezó Jesús en el Djebel Karantal? Es una oración abandonada por entero en manos de Dios, llena de confianza y de paz.

¿En qué consiste esta segunda tentación?

Es la intimación hecha a Dios de que se nos manifieste según los signos que le imponemos: ¡es tentar a Dios, ponerlo a prueba! Es lo que el Pueblo había hecho en Masá y Meribá: ¡veremos si Dios está con nosotros![40] Para Cristo es la tentación de los medios de su Mesianismo.

Esta tentación se repetirá en el Evangelio:

> Entonces algunos escribas y fariseos le dijeron: «Maestro, queremos ver un milagro tuyo». Él les contestó: «Esta generación perversa y adúltera exige una señal; pues no se le dará más signo que el del profeta Jonás. Tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre del cetáceo: pues tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra».
>
> Mt 12,38-40

Esperamos que Dios se manifieste como hemos imaginado. No tenemos fe. No le dejamos venir a nosotros en el poder de la debilidad de Cristo, en el misterio de su lucha, de su muerte, de su resurrección.[41]

Tercera tentación

Esta es todavía más esencial, concierne a la trascendente soberanía de Dios y a la adoración que le es debida. El Pueblo había

---

40 Cf. pág. 67.

41 A la palabra del ángel que le anuncia la feliz nueva de su futura. paternidad, Zacarías responde con una pregunta inquieta. También él querría una señal... ¡Esta señal será su mudez! (Lc 1,18-20). Pedro protestará contra la perspectiva de la Pasión y Jesús le tratará de «Satanás» (Mt 16,23); los que pasaban y los sacerdotes «tientan» a Jesús en cruz: ¡que baje de la cruz, que les muestre una señal y ellos creerán en Él! (Mt 27,39-44).

conocido esta tentación terrible en el desierto cuando se hizo un becerro de oro.

En el fondo, el Demonio se desenmascara, juega el todo por el todo. Ahora no hay más que dos reinos y dos señores. Satanás no puede permanecer oculto, disfrazado de ángel de luz, por más tiempo:

> De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras».
>
> Mt 4,8-9

El Demonio «conduce todavía» a Jesús; una vez más «en espíritu». Cristo entrevé un instante todos los reinos del mundo.

Jesús conoce el encanto de la creación y ama a los hombres. Jesús es Rey. Viene a anunciar el Reino de los cielos. ¡Pero hay un equívoco desde el primer pecado!

La palabra «mundo» puede significar la creación de Dios, hecha por Él, revestida de su esplendor, «el fleco del vestido de Dios».

En este sentido:

> El Verbo en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él.
>
> Jn 1,9-10

Pero esta misma palabra puede significar también el mundo hundido por el pecado, vuelto hostil a Dios y cuyo príncipe es Satanás. Es verdad que Satanás tiene cierto poder, un reino sobre el mundo. En el evangelio de Lucas, el Demonio se expresa como sigue:

> Te daré el poder y la gloria de todo eso, porque a mí me ha sido dado, y yo lo doy a quien quiero. Si tú te arrodillas delante de mí, todo será tuyo.
>
> Lc 4,6-7

En el libro del Apocalipsis de San Juan, asistimos a la transmisión de poder del Demonio a la Bestia (que es, en aquel momento, el imperio romano):

> El Dragón dio su poder a la Bestia, su trono y gran autoridad.
>
> Ap 13,2

Nuestra teología ha olvidado tales perspectivas. Sin embargo no podemos borrarlas porque nos molesten. Son eminentemente bíblicas. Existe un cierto misterio del mal que no se explica sino en función de este reino del Demonio. En primerísimo lugar el desarrollo dramático de la vida de Jesús.

Jesús dice al comenzar su Pasión:

> Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.
>
> Jn 12,31-32

El conflicto alcanza así su paroxismo. El misterio de Satanás está aquí en el contraluz del resplandor de la Cruz. ¿Podríamos olvidarlo?

Este es, desde el comienzo de la vida pública, el sentido de esta tercera tentación. Este es el Demonio que se desenmascara en el desierto, junto al hombre que ora y ayuna.

Capítulo VII

Los cuarenta días de la consumación

Durante cuarenta días les habló del Reino de Dios.

El comienzo de la vida pública de Cristo ha quedado señalado por aquellos cuarenta días en el desierto de Djebel Karantal. Jesús proseguía en él, al salir del bautismo, el Éxodo de su Pueblo.

Al fin de su misión terrenal, entre la liberación de los horrores del Hades[1] y la definitiva entrada en la auténtica tierra prometida, Jesús, una vez más, consumió cuarenta días.

Contraste entre las dos cuarentenas

Examinando este período, nos sorprende en primer lugar el contraste entre la cuarentena desértica y la cuarentena gloriosa.

Contraste en el modo de presencia

En el Djebel Karantal, Jesús apareció como nuestro hermano, hundido en un mundo pecador, tentado por el demonio.

Durante el período glorioso, se nos inicia en otro modo de presencia, la de Cristo resucitado. Aparece «en figura de otro».[2] Se empieza siempre por no reconocerlo. Magdalena le toma por

1 Hechos 2,24: el Hades o el Seol, es decir, la morada de los muertos.
2 Marcos 16,12.

un jardinero. Los Apóstoles dudan, en su alegría, y se preguntan: «¿Será en realidad Él?». Los discípulos de Emaús lo toman por un viajero; Pedro, Juan y los apóstoles, en el lago, por un desconocido –que se encuentra allí por casualidad–.

Se consigue así una educación: los sentidos no bastan para alcanzar a Cristo.

Hace falta fe: mientras dudan, los Apóstoles no tienen un contacto real con el Resucitado.

Se necesita esperanza: cuando esta renace en el corazón de los dos discípulos de Emaús, están preparados para reconocer el signo de la fracción del pan.

Es necesario saberse amado: cuando Jesús, suavemente, la llama por su nombre, «María», «oye» Magdalena de repente y por fin su voz y se arroja a sus pies. «Aquel a quien Jesús amaba» descubrió el primero, «su» presencia al borde del lago: «Pedro: ¡es el Señor!».

Se impone una segunda advertencia. Al reconocerle desaparece. No hay que pretender retenerle. Resucitar no es «volver a tomar» la vida del pasado como se vuelve a tomar el vestido que uno ha dejado. «Hijitos, yo me voy», decía Jesús en la última Cena. Hay algo que termina definitivamente con su muerte y su resurrección.

> Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: «Donde yo voy no podéis venir vosotros».
>
> Simón Pedro interviene e insiste:
>
> «Señor, ¿adónde vas?».
>
> Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».
>
> Jn 13,33-36

El día de Pascua dijo Jesús a Magdalena: «No me retengas –porque ella se había arrojado a sus pies–. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles»:

> Subo a mi Padre, que es vuestro Padre, a mi Dios, que es vuestro Dios.
>
> Jn 20,17

He aquí lo que inaugura la Pascua. Lo que nos ha obtenido el sacrificio de Cristo.

Contraste entre las tentaciones y los actos de gloria

En el Djebel Karantal Jesús era tentado.

Se diría que el objeto mismo de las tres tentaciones encuentra como una correspondencia y contraste en los cuarenta días gloriosos.

En el desierto Cristo ayunaba, tenía hambre: ¡los Evangelios nos hablan tan a menudo de las comidas de Cristo resucitado!

Los dos discípulos de Emaús reconocen al Señor mientras da la bendición, en su gesto de partir el pan.[3]

La noche de Pascua, una de las primeras palabras del Resucitado a los once y a sus compañeros, es esta: «¿Tenéis ahí algo de comer?».[4]

A la orilla del lago, la comida es todavía más asombrosa: el mismo Jesús ha encendido un fuego de brasas, ha preparado pescado y pan y dice a los apóstoles: «¡Vamos, almorzad!». Nos imaginamos la intimidad, la alegría de esta comida y esta comunicación.[5]

Finalmente se manifiesta en el trascurso de una comida que comparte con los once, «cuando estaban a la mesa»,[6] y los conduce al Monte de los Olivos para la Ascensión.

Los discípulos habían aprendido su enseñanza sobre el ayuno. Ahora aprenden a compartir el pan con su Señor Resucitado.[7]

Cristo deja a su Iglesia un Ágape como acto supremo de religión para con el Padre y de Comunidad entre ellos.

---

3 Lucas 24,30-31.

4 Lucas 24,41.

5 Juan 21,9-12.

6 Hechos 1,4 y Marcos 16,14.

7 Los apóstoles «han comido y bebido con Cristo después de su resurrección de entre los muertos» (Hch 10,41).

Cada vez que celebren el banquete de la Santa Cena, el Resucitado vendrá en persona a los suyos: «Haced esto en memoria mía; cada vez que comáis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor hasta que vuelva».[8]

Las comidas con él desde la última Cena a la Resurrección y hasta la Ascensión han iniciado a la Iglesia en lo que expresa en la Misa inmediatamente después de la consagración: Por esto, oh Señor, nosotros tus siervos, y tu pueblo santo, en memoria de la sagrada Pasión del mismo Cristo, tu Hijo y Señor nuestro, como de su Resurrección de entre los muertos, y también de su gloriosa Ascensión a los cielos... (Unde et Memores).

Jesús prepara su Iglesia

Jesús prepara su Asamblea, su Pueblo, su Iglesia. Esta es la segunda característica de este período que sigue a la Resurrección.

El día de Pascua comienza el *agrupamiento* de todos los que su Pasión había dispersado.[9] Cuando, aquella tarde, los discípulos de Emaús vuelven a Jerusalén, encuentran «reunidos a los Once con sus compañeros».[10]

Jesús dio cita a sus discípulos en Galilea[11] y san Pablo nos habla de una aparición a más de quinientos hermanos a la vez.[12]

Los apóstoles fueron «escogidos bajo la acción del Espíritu Santo»; Cristo les da a ellos sus instrucciones; se muestra vivo después de su Pasión con numerosos portentos. Les forma para los misterios del Reino de Dios.[13]

Son los «testigos de la Resurrección».[14]

---

8 1 Corintios 11,24~26.
9 «Todos los discípulos lo abandonaron y huyeron», Mateo 26,56.
10 Lucas 24,33.
11 Mateo 28,7.
12 1 Corintios 15,6.
13 Hechos 1,2-3.
14 Hechos 1,22.

Los prepara a su misión dándoles el poder de bautizar.[15] (Es el misterio del Jordán, que se extiende a toda el agua del bautismo; la del paso del mar Rojo también –el Pueblo de Israel había sido bautizado «en Moisés», la Iglesia es bautizada «en Jesús»–); el poder de perdonar los pecados[16] (es el poder de perdón de Jesús que se comunica a los Apóstoles).

Les había dado ya su Cuerpo y su Sangre[17] y ahora los envía:

> Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.
>
> Jn 20,21

> Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación.
>
> Mc 16,15

Antes de la venida del Espíritu Santo, van a escoger un sustituto para Judas y completar así su número.[18]

Pedro, al final, después de la triple negación de los días de la Pasión, es invitado a una triple confesión de amor: «Pedro, ¿me amas? Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Y queda confirmado en su misión de Pastor Universal: «Apacienta mis ovejas».[19]

El cuerpo de la Iglesia queda esbozado. No falta más que enviar el soplo del Espíritu para que nazca la Santa Iglesia del Verbo-hecho-carne, el día de Pentecostés.

La conversación sobre el Reino

En fin, «durante cuarenta días les había hablado del Reino de Dios».[20] Esta parece ser una de las acciones capitales del período glorioso que concluye la vida de Jesús en el Evangelio.

---

15 Mateo 28,19.
16 Juan 20,22-23.
17 Mateo 26,26-28.
18 Hechos 1,21-26.
19 Juan 21,15-17.
20 Hechos 1,3.

Hechos que se iluminan

¿En qué consistirá esta suprema enseñanza de Cristo?

Ante todo en un llamamiento. Juan nota, después del incidente del Templo que Jesús ha purificado echando a los vendedores a latigazos, y a continuación de la palabra de Cristo sobre el Santuario destruido y reedificado en tres días...

> Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.
>
> Jn 2,21-22

Después de la Transfiguración:

> Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».
>
> Mt 17,9

En la mañana de Pascua los ángeles resplandecientes del sepulcro dicen a las mujeres que llegan para amortajar el cuerpo del Señor:

> ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló...
>
> Lc 24,6

Si a menudo los Apóstoles no comprenden, durante los tres años de enseñanza de Su Maestro, es durante los cuarenta días, por su contacto con el Resucitado, cuando penetran el Evangelio, repitiéndoselo unos a otros.

Jesús comenta la Escritura

Pero sobre todo, la gran instrucción que predomina, la que viene a ser el fundamento de la teología de los Apóstoles, es lo que Cristo les enseña de la Escritura. Les enseña a confrontar los hechos, las palabras, el misterio del Evangelio con los «anuncios» y la doctrina del Antiguo Testamento.

San Lucas habla del camino que Jesús Resucitado hace, como un viajero, con los dos discípulos de Emaús. Uno de ellos explica el motivo de su profunda tristeza, hace a Jesús el primer relato de

la vida de Jesús. Termina su narración con el fracaso de la muerte. Entonces el extranjero les interpela:

> «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?».
>
> Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.
>
> Lc 24,25-27

Jesús habla de Moisés (la Ley), de los Profetas y de todas las Escrituras. Las explica y se las refiere, sitúa en el centro de todo el misterio de su Pasión y de su gloria.

> Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí.
>
> Lc 24,44

San Lucas insiste y lo que tan claramente refiere constituye para siempre la perspectiva central de toda la fe cristiana:

> Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén».
>
> Lc 24,45-47

El Evangelio toma súbitamente unas proporciones que los Apóstoles y los discípulos jamás habían vislumbrado con esta amplitud.

Moisés

El Cordero de Dios

Andrés y Juan se acuerdan de aquella palabra de Juan Bautista, su Maestro, cuando les señaló a Jesús. Viendo venir a Jesús hacia sí, había dicho: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».[21] Esto los había asombrado. Habían seguido a aquel hombre. Pero, ahora, cuando piensan en la Pascua, en

21 Juan 1,29.

este cordero que era preciso comer solemnemente y cuya sangre era un signo ante Dios,[22] se acuerdan que el mismo Jesús había insistido:

> Sabéis que dentro de dos días se celebra la Pascua y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado.
>
> Mt 26,2

¡Aquella Pascua, la habían celebrado juntos!

También se acuerdan de la palabra que había dicho el viejo Abrahán a su hijo cuando subían los dos hacia el monte Moria.[23] Isaac había preguntado: «Tenemos fuego y leña pero ¿dónde está el Cordero para el holocausto?». Y Abrahán, en su fe, había respondido: «Dios proveerá el Cordero para el holocausto, hijo mío».[24]

Se acuerdan, finalmente, de una extraordinaria profecía que habla de un cordero que lleva los pecados del mundo.[25] No se sabía qué cordero sería. Pero todo el Pueblo conocía esta profecía y esperaba su realización.

Juan en particular medita estos misterios, los guarda en su corazón. En su evangelio escribirá lo que comprendió durante estos cuarenta días:

> Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.
>
> Jn 3,16

Y Pedro comentando la Pascua, habla

> de una sangre preciosa, como la de un cordero sin defecto y sin mancha, Cristo, previsto ya antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos por vosotros.
>
> 1Pe 1,20

---

22 Éxodo 12,1-14.

23 La colina del Templo, a algunos pasos del Calvario (2 Crónicas 3,1).

24 Génesis 22,7-8.

25 Isaías 53,4-5.

La serpiente de bronce

Cristo hizo todavía alusión a otra imagen: la serpiente de bronce. Los israelitas, en el desierto del Sinaí, habían sido mordidos por serpientes venenosas, en castigo por sus rebeldías. Para salvarlos, Moisés erigió una serpiente de bronce en un pilar: «Cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida».[26] La tradición bíblica había conservado este trazo. Así pues, he aquí que dice Jesús:

> Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.
>
> Jn 3,15

Los discípulos lo oyeron sin duda, pero naturalmente no lo comprendieron. Jesús insiste en este signo y lo interpreta:

> Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que «Yo soy».[27]
>
> Jn 8,28

¿Levantado? ¿Cómo?

«Cuando yo sea *elevado* sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».[28]

Y Juan vuelve a ver la Cruz.[29] Estaban allí todos los que miraban a Jesús elevado en un poste.

El apóstol lo comprende ahora y advierte, una vez más, en su evangelio, cuál era el sentido de la Palabra de Jesús sobre la serpiente de bronce: «Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir».[30]

Al final de los cuarenta días, Juan contemplará a Cristo *elevado* a la gloria.

---

26 Números 21,6-9.

27 «Yo soy» en el sentido que Dios daba a su Nombre cuando decía a Moisés: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14).

28 Juan 12,32.

29 «El que lo vio da testimonio» (Jn 19,35).

30 Juan 12,33.

El sacrificio de Abel

Al fin de su última permanencia larga en el Templo Jesús hizo alusión a la muerte de Abel –aquella antiquísima tradición del Justo doliente–: «Así recaerá sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo».[31] Los Apóstoles se acuerdan perfectamente de este día y de cuán tirante estuvo la atmósfera. Pero sobre todo hubo aquel terrible clamor, tres días más tarde. Se trataba esta vez del mismo Jesús atado, ante Pilato: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».[32]

Y bien, ¿todavía no habéis comprendido? El *Éxodo*, el *Génesis*, el *Libro de los Números*... Sin embargo Jesús había prevenido a sus oyentes:

> «Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría». Los judíos le dijeron: «No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abrahán?». Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, yo soy».
>
> Jn 8,56-58

Y los apóstoles ven de nuevo cómo los judíos habían reunido piedras y habían querido lapidarlo; Jesús hubo de ocultarse.

Ahora, iluminados por el Resucitado, empiezan a comprender aquello. Cristo anunciaba todo el *Pentateuco*.[33]

> Estudiáis las Escrituras... Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero, si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?
>
> Jn 5,39.46-47

La Escritura es una. El misterio revelado es Cristo en su Pascua.

Para comprender la profundidad divina de los acontecimientos recientes, recentísimos –hace una semana, quince días, un mes que sucedió todo aquello...– los Apóstoles son remitidos al conjunto de la Tradición y de las Escrituras.

---

31 Mateo 23,35.

32 Mateo 27,25.

33 Es decir, los cinco primeros libros de la Biblia.

Moisés, los *Profetas* y los *Salmos*, dice Jesús. Así es como se divisa el Antiguo Testamento. Añadiremos todavía la Ley, los Profetas y los Escritos.

Los Profetas

Existe el signo de Jonás –que es llamado aquí «profeta»–.

Algunos escribas y fariseos hicieron esta pregunta:

Maestro, queremos ver un milagro tuyo.

Mt 12,38

Es como una intimación. Jesús no acepta jamás una intimación. Responde que no les será dado otro signo sino el del profeta Jonás. Y habla de los tres días y tres noches en la muerte.[34]

Hubo también –ante el Sanedrín de su pueblo– la referencia desoída a la profecía de Daniel, la última en fecha, muy conocida de todos.

El Sumo Sacerdote había otorgado a Jesús el juramento solemne:

«Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».

Jesús le respondió: «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo».

Mt 26,63-64

¿Qué? ¡Es enorme! Se había sabido que el Sumo Sacerdote, entonces, había rasgado sus vestiduras y había exclamado: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ¡Acabáis de oír la blasfemia!».

Sí, era enorme, lo había dicho Jesús. Se colocaba en el centro mismo de la escatología,[35] se atribuía esta misteriosa personalidad del Hijo del Hombre llevado sobre las nubes hacia el Anciano de los Días, hasta el Dios eterno.[36] Pero ahora que ha vencido

34 Cf. supra, pág. 51.

35 Es decir, los sucesos del fin de los tiempos.

36 Daniel 7,13.

a la muerte, ahora que Resucitado conversa con ellos, ¿es posible todavía admirarse?

Pronto le verán elevarse por encima de las nubes y los ángeles les aclararán:

> El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo.
>
> Hch 1,11

Y recorriendo los profetas, Cristo les explica lo concerniente a él.

Aquí es donde debemos detenernos en Isaías 53.

Esta página es la más sorprendente de todo el Antiguo Testamento y una de las más divinas de toda la Biblia.

En el destierro, en Babilonia, no hay ya sacrificios –los sacrificios se hacen solo en el Templo de Jerusalén– pero se reúnen en una asamblea llamada sinagoga. Los judíos leen en ella o comentan las Escrituras, rezan los salmos.

Así pues, un día, entre el siglo v o vi antes de Cristo, se levantó un profeta desconocido, impulsado por el Espíritu Santo. Dio una serie de oráculos concernientes a un misterioso y futuro «siervo del Señor». Uno de los oráculos sobre todo, el cuarto, anuncia algo inaudito. Los mismos reyes y los pueblos quedarán estupefactos por ello.

El siervo del Señor será juzgado, aplastado, muerto injustamente. Pero su sufrimiento aceptado, asumido libre y voluntariamente se convierte en redentor.

El problema del sufrimiento –y de la muerte– se presenta particularmente a los desterrados. Job más tarde intentará en parte responder a él. Pero el Justo de quien tratamos no da explicación; entra simplemente en el sufrimiento, lo toma sobre sí y libra de este modo a aquellos que lo padecían. Así pues, porque ofrece su vida en sacrificio, después de su muerte, vive y triunfa este Justo. Este siervo es un vencedor.

¿Quién es este siervo? No se sabe. Se relee el oráculo de siglo en siglo.[37] Se reconoce en él la historia misma del Pueblo de Israel humillado, aplastado y salvado. Se espera de este modo un porvenir glorioso.

Pero la profecía es muy personal. La muerte sobre todo es la de Alguien, de un hombre. ¿Quién?

Esto es lo que Jesús explica a los suyos durante los cuarenta días.

Sin duda es suficiente que les permita recordar el Evangelio y particularmente la gran semana, todavía tan próxima.

Es Dios quien habla en la primera estrofa del poema:

> Isaías 52
>
> 13. Mirad, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.
>
> 14. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano
>
> 15. así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito.

¡Levantado! Los apóstoles vieron la Cruz levantada en el Calvario. Jesús estaba desfigurado, sangrante, coronado de espinas. Era espantoso. Juan se acuerda de la Palabra: «Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».[38] Jesús la había pronunciado el domingo de Ramos... algunos días antes de la Crucifixión. Su gloria ahora es también sorprendente –pueblos y reyes van a conocerla–. Al cabo de pocos días el Resucitado se elevará ante los suyos, hacia los cielos.

Sí, las dos «elevaciones» se llamaban una a la otra.[39]

Jesús les repitió quizás el oráculo de Isaías:

---

37 Es testigo aquel etíope que vuelve de Jerusalén donde había ido para la Pascua. ¿Qué es lo que lee sobre su carroza? (Is 53,7-8). «El eunuco preguntó a Felipe: "¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?". Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús» (Hch 8,32-35).

38 Juan 12,32.

39 Cf. supra, La serpiente de bronce, pág. 99.

> Aquel día, la raíz de Jesé será elevada como enseña de los pueblos: se volverán hacia ella las naciones y será gloriosa su morada.
>
> Is 11,10

En la segunda estrofa, un grupo, estupefacto por esta noticia, la comenta como en los coros antiguos:

> Isaías 53
>
> 1. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor?
>
> 2. Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente,
>
> 3. despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros,[40] despreciado y desestimado.

Es verdad. Este oráculo no había brotado del corazón de los hombres. Había surgido del corazón de Dios. Los apóstoles recordaban esta conversación que les había turbado tanto, allí, casi en la frontera de Israel, en la región de Cesárea de Filipo, cuando Jesús preguntó: «¿Quién dice la gente que soy?», «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo», respondió Pedro. Y Jesús lo declaró bienaventurado. ¡Era tan raro que Jesús pudiese alabar a sus apóstoles! Pero aprovechó para decir una cosa sorprendente: es preciso que el Hijo del Hombre sufra mucho, en Jerusalén, e incluso que sea llevado a la muerte. ¡Qué escándalo para ellos oír esto, pese al anuncio de la resurrección que Jesús añadió en seguida!

Pero ahora que ha sucedido admiran la profecía.

Hombre de dolor, de todos los dolores.

Abandonado, ¡oh sí! Por su parte huyeron todos. «No conozco a este hombre», repitió Pedro con juramento. Jesús fue totalmente abandonado. Y despreciado: se le había escupido en el rostro, se le había abofeteado, insultado: salvó a otros, que se salve a sí mismo... se dijo con ironía.

Desnudo en la cruz, era como un leproso. Juan lo vio de cerca, los otros lo oyeron contar. Pero ¿estaba de verdad escrito?

---

40 Un leproso.

En la tercera estrofa, el grupo que habla anuncia la teología nueva revelada en el sufrimiento:

Isaías 53

4. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado;

5. pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

6. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

Los Apóstoles entran en el misterio de la Pasión.

¡Cuán desgarrado queda su corazón! Desgarrado, estupefacto, de agradecimiento y de temor, de alegría y de amor: *nuestros* sufrimientos, *nuestros* dolores, *nuestros* pecados, *nuestro* castigo, todo cayó sobre él.

Cuando contemplan sus llagas y su costado, ¡cómo comprenden su redención! «¡Señor mío y Dios mío!».[41]

En la cuarta estrofa el profeta habla solo: ¡He aquí el Cordero de Dios!

Isaías 53

7. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

8. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su estirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron.

9a. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores,

¿El Cordero? Cuando Juan Bautista lo designaba así, ¿quería, pues, decir todo esto?

Y aquel sorprendente silencio de Jesús, durante toda la noche del arresto y ante las acusaciones del proceso, ¡de qué majestad se aureolaba!

41 Juan 20,28.

«¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti? Pero él callaba, sin dar respuesta»[42] –ante el Sumo Sacerdote–.

Herodes le hacía múltiples preguntas. Pero, él no contestaba nada.[43]

«¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan». Jesús no contestó nada más, de modo que Pilato estaba extrañado.[44] «¿De dónde eres tú?», pregunta aún Poncio Pilato. Pero Jesús no le dio respuesta alguna. «¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?». Jesús le contestó: «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto».[45]

¿Quién le había defendido? ¿Quién?

Los falsos testigos estaban al acecho.

Había sido juzgado. Anás y Caifás, Herodes, Pilato, todos lo habían juzgado: blasfemo, necio, perturbador.

Ha muerto por nuestros pecados.

Y los apóstoles caen en la cuenta de la tumba de José de Arimatea. Tiene su lugar en esta profecía que data de seis siglos antes y se creería escrita hace unos días.

En la quinta estrofa, el profeta continúa su monólogo: ¡aquella muerte es un sacrificio religioso, el Justo vivirá!

> Isaías 53
>
> 9b. Aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca.
>
> 10. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano.
>
> 11a. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento.

42 Marcos 14,60-61; Mateo 26,62-63.
43 Lucas 23,9.
44 Marcos 15,4-5; Mateo 27,12-14.
45 Juan 19,9-10.

Sus mismos enemigos rindieron homenaje a la rectitud de Jesús.

> Maestro, sabemos que eres veraz y no te preocupa lo que digan; porque no te fijas en apariencias, sino que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad.
>
> Mc 12,14

«Este es mi Amado, en Él he puesto mi alegría», había dicho el Padre en el bautismo del Jordán.

¡Por tanto el sufrimiento de Cristo había complacido a Dios! Pero es ahora, en la Resurrección, cuando la alegría del Padre «aumenta» entre las manos de Jesús.

> Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente.
>
> Jn 10,17-18a

Todas las misteriosas palabras del evangelio se iluminan durante los cuarenta días cuando Jesús comenta el oráculo del Siervo.

El acontecimiento de la última Cena hace resplandecer esta quinta estrofa: «Dar su vida en sacrificio expiatorio».

«Este es mi cuerpo entregado por vosotros»; «esta es la sangre de la nueva y eterna Alianza» –«Tomad y comed»–; ¿acaso no comieron este cuerpo en la cena?

«Te doy gracias, Padre, porque has revelado estas cosas a los pequeños». Los Apóstoles son ahora estos pequeños, que aprenden del Cristo glorioso la sabiduría y el amor del Padre.

Y el último versículo estalla como un cohete de alegría: «El verá la luz y será colmado». Esta luz ha brillado como un resplandor el día de Pascua[46] e irradia dulcemente ¡cada vez que aparece su Señor!

Tu luz nos hace ver la luz.[47]

La luz de Pascua lo ha iluminado todo.

Dios vuelve a tomar la palabra en la sexta y última estrofa del poema.

---

46 Mateo 28,3.

47 Salmos 36,10.

Isaías 53

11b. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos.

12. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

El Justo se ha hecho nuestra justicia. El edicto de Victoria proclamado en esta estrofa empieza a entreverse: «Hacedme discípulos entre las naciones», les dice Jesús. «Se me ha dado todo poder». Se vislumbra ya todo lo que madurará por la acción del Espíritu Santo en la visión del Apocalipsis:

Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!».

Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero.

Ap 7,9-10.14b.

La importante página de Isaías los ha enmarcado definitivamente. Los Evangelios, Hechos, Epístolas, Apocalipsis se referirán a este oráculo.

¿Qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

Él que no se reservo a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él?

Rom 8,31-32

Los Salmos

Por ejemplo el *salmo 69* que es una oración y una queja. Es el hombre que se hunde en un lodazal y cuyos enemigos son innumerables. Dios responde a su oración y todo se termina en la alabanza y la alegría de los humildes.

Algunos versículos son anticipados destellos del Evangelio[48] pero sobre todo de la pasión:

> Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre.
>
> Salmo 69,21b y 22

Refiriéndose a este salmo interpreta Pedro la traición de Judas (v. 26) al final de los cuarenta días, en el Cenáculo, inmediatamente antes de la venida del Espíritu Santo. ¿Dónde aprendió, pues, estas cosas, él que durante la vida pública de Jesús fue, al parecer, tan poco versado en las Escrituras?

Pedro y Pablo leen los dos el anuncio de la Resurrección de Jesús en el *salmo 16*.[49] Esta oración restaura la elección del único Dios verdadero. Un salmo de fidelidad a la alianza. El pueblo entero es presentado en él como una tribu de levitas, es decir de servidores del culto:

> El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad.
>
> Salmo 16,5-6

Pero es preciso sobre todo subrayar aquellos versículos en los que quien ha escogido a Dios está cierto que ni siquiera la muerte le puede separar de él. Vislumbra un camino de vida, una plenitud de alegría más allá de la muerte. Esto es un gran descubrimiento, una presciencia inesperada, una gracia en el Pueblo de Israel poco instruido y poco formado para los misterios del cielo y de la resurrección.

> Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción.
>
> Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha.
>
> Salmo 16,9-11

48 Vv. 5b y 10.
49 Hechos 2,26-28 y 13,35.

Si esto sucede al amigo de Dios, el miembro fiel del Pueblo escogido, entonces ¿qué sucederá –por eminencia– al Santo por excelencia?

El *salmo 22* muy emparentado con el capítulo 53 de Isaías es uno de los lugares bíblicos más explícitos para el descubrimiento de los misterios de la Pasión de Jesús. Fue recitado por Cristo en cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

> Pero yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo; al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza:
>
> «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere».
>
> Salmo 22,7-9

Esto es, textualmente, lo que nos refiere el Evangelio de la Pasión.

> Puedo contar mis huesos. Ellos me miran triunfantes, se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica.
>
> Salmo 22,18-19

Cristo entra en la oración de los pobres, se la apropia, vive su angustia. Pero también exalta su confianza y su júbilo.

> Lo recordarán y volverán al Señor hasta de los confines del orbe; en su presencia se postrarán las familias de los pueblos, porque del Señor es el reino, él gobierna a los pueblos.
>
> Ante él se postrarán los que duermen en la tierra, ante él se inclinaran los que bajan al polvo. Me hará vivir para él, mi descendencia lo servirá, hablarán al Señor a la generación futura, contaran su justicia al pueblo que ha visto nacer: «Todo lo que hizo el Señor».
>
> Salmo 22,28-32

El salmo 22 ilumina un poco las profundidades del alma de Cristo clavado en cruz.

El *salmo 2* es un gran salmo mesiánico que los Apóstoles debieron descubrir. En él se apoyan en la primera oración de la Iglesia, cuando Pedro y Juan están en la cárcel.[50]

> ¿Por qué se amotinan las naciones, y los pueblos planean un fracaso? Se alían los reyes de la tierra, los príncipes conspiran contra el Señor y contra su Mesías.
>
> Salmo 2,1-2

Es principalmente el decreto del Señor quien da a su Hijo el reino sobre las naciones de la tierra. Si Jesús resucitado les repitió este salmo, debieron de quedar sobrecogidos de respeto ante el sentido tan vasto y misterioso que tomaban algunos versículos:

> Voy a proclamar el decreto del Señor; él me ha dicho: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy. Pídemelo: te daré en herencia las naciones; en posesión, los confines de la tierra...».
>
> Salmo 2,7-8

Pero, en este dominio mesiánico, está todavía el *salmo 110* que goza de una particular notoriedad en los Evangelios, los Hechos y las Epístolas.[51]

Se trata de Dios que, en su Sabiduría, inviste al Rey-Mesías, lo constituye sacerdote, desde el principio, le hace sentarse a la diestra de Dios. Cristo objeta a sus enemigos este puesto.

> «¿Cómo entonces David, movido por el Espíritu, lo llama Señor?».
>
> Si David lo llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?».
>
> Mt 22,42-45

San Pedro repite estos mismos versículos, el día de Pentecostés, en el primer sermón de la Iglesia.[52] Una vez más, ¿dónde y cuándo aprendió Pedro esta interpretación? ¿No será durante aquellos cuarenta días?

> Oráculo del Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha...». Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro...

---

50 Hechos 4,25-28.

51 Es el primer salmo de las vísperas del domingo.

52 Vuelve también a ellos en 1 Pedro 3,22.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora».

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec».

Salmo 110,1a.2a.3-4

Mateo,[53] Pedro,[54] la epístola a los Hebreos,[55] son testigos de calidad. Este salmo 110 introduce al misterio real y sacerdotal de Jesús.

Una certidumbre, en cualquier caso, brota con fuerza de esta enseñanza de Jesús durante los cuarenta días: la muerte de Cristo no es un azar o una casualidad, sino que proviene de un designio de Dios.

53 Mateo 22,42-45.
54 Pedro lo repite aún en 1 Pedro 3,22.
55 Hebreos 1,13; 5,6.

Capítulo VIII

La Cuaresma de la Iglesia

¡La Historia Santa continúa! La liturgia nos hace vivir hoy los acontecimientos de la Salvación.

La Cuaresma extiende a la comunidad de la Iglesia el misterio de los cuarenta días de Cristo en el desierto.

Ahora bien, como se recordará, existe un lazo estrecho, pretendido, resaltado en el Evangelio, entre el bautismo de Cristo en el Jordán –con su Epifanía– y la lucha de Cristo contra las tentaciones del Demonio.

La Cuaresma de la Iglesia se sitúa exactamente en la misma perspectiva.

El Demonio

Lo que el Demonio emprendió contra el Jefe del Cuerpo, lo continúa contra sus miembros.

> Y se llenó de ira el dragón contra la mujer, y se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús.[1]
>
> Ap 12,17

También la Iglesia presenta, desde el primer domingo de cuaresma, las tentaciones y la victoria de Cristo. Vuelve sobre

---

1 El «resto» de los hijos de esta Mujer (que es a la vez la Iglesia y la Virgen María) son los cristianos.

el tema del Demonio en el tercer domingo.[2] Se ejercita durante estos cuarenta días de ascesis cristiana y de oración; luego, en la noche de Pascua, con el poder de Cristo que ha recibido, culmina su santa liturgia en la renuncia solemne al Demonio, la profesión de fe trinitaria y la celebración del bautismo o la renovación de su gracia.

Desde entonces hace repetir, por toda la asamblea, la oración que el mismo Jesús nos enseñó. Hay siete peticiones en el *Pater.* Todas se sitúan en la perspectiva de los cuarenta días.

– Padre Nuestro que estás en los cielos

– Santificado sea tu nombre (Tú que acabas de revelarte en el bautismo de Jesús)

– Venga a nosotros tu Reino (que Cristo anunciará al salir del desierto)

– Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo (esta voluntad de la que Jesús no se ha dejado separar por el Demonio)

– El pan nuestro de cada día dánosle hoy (cuando tenemos hambre de ti y para caminar hacia ti)

– perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores (porque nosotros somos también pecadores)

– y no nos dejes caer en la tentación (antes bien extiende hasta nosotros la fuerza de Jesús)

– mas líbranos del Mal (que fue vencido por Nuestro Señor)

– Amén.

El desierto

El marco de la Cuaresma es el desierto.

La Iglesia crea el desierto para sus hijos. La liturgia es despojada de toda exuberancia, de aleluyas, de flores, y esta nota de austeridad se irá acentuando en el tiempo de Pasión.

La Cuaresma es un tiempo vedado para las bodas solemnes.

2 Lucas 11,14-28.

En el himno del oficio nocturno de los cuarenta días, la Iglesia pide usar «más sobriamente de las palabras, del alimento del sueño y de las distracciones».

Quienes están dedicados al misterio de Cristo, los cristianos, son segregados y consagrados para la salvación del mundo. Son llamados a compartir algo de la vida de su Señor en el desierto.

El ayuno

La inauguración de la Cuaresma, el Miércoles de Ceniza, queda marcada por el ayuno. Ningún razonamiento, ninguna «evolución» podrán ensombrecer el hecho siguiente: al salir de su bautismo, Jesús se fue al desierto, conducido por el Espíritu Santo, y ayunó. Los miembros harán lo que hizo el Jefe. Acomodado a nuestra debilidad corporal, confiado por la Iglesia al celo de nuestras almas, el ayuno *permanece.*

> Tocad la trompeta en Sión, proclamad un ayuno santo, convocad a la asamblea...
>
> Rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, un Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en amor...
>
> Jl 2,15-16.13

Este texto del profeta Joel, leído desde el Miércoles de Ceniza, nos da bien el tono. La Comunidad se encuentra reunida. Lo que Cristo hizo solo, vamos a hacerlo en Iglesia. Nuestro ayuno no será la consecuencia de una carestía, ni de un castigo venido de fuera, sino el testimonio del amor de Dios, de la contrición del corazón y de la caridad de los hermanos, nuestro ayuno será una liturgia.

Dios quiere purificar, santificar, nuestro corazón.

El ayuno se sitúa inmediatamente en la perspectiva de renovación interior, de vitalidad religiosa hacia la cual los profetas habían orientado al Pueblo de Israel, sobre todo desde el regreso del destierro.

El viernes después de ceniza, la liturgia proclama la naturaleza del mal ayuno que no es más que formalidad.

«¿Para qué ayunar, si no haces caso; mortificarnos, si no te enteras?». En realidad, el día de ayuno hacéis vuestros negocios y apremiáis a vuestros servidores; ayunáis para querellas y litigios, y herís con furibundos puñetazos. No ayunéis de este modo, si queréis que se oiga vuestra voz en el cielo. ¿Es ese el ayuno que deseo en el día de la penitencia: inclinar la cabeza como un junco, acostarse sobre saco y ceniza? ¿A eso llamáis ayuno, día agradable al Señor?

Is 58,3-5

Se advierte claramente contra qué reacciona el profeta, cómo es un educador religioso. El verdadero ayuno debe darse en el contexto de un cambio de vida.

Este es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora, enseguida se curarán tus heridas, ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor. Entonces clamarás al Señor y te responderá; pedirás ayuda y te dirá: «Aquí estoy».

Cuando alejes de ti la opresión, el dedo acusador y la calumnia, cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía.

Is 58,6-10

He aquí, pues, el sentido en el que la Comunidad se compromete: ayuno y caridad, privación y largueza. Nos vienen a la memoria las obras de misericordia del Evangelio y la parábola del Juicio.[3]

La oración

El ayuno de los alimentos terrenos exige, por contraste, durante este período de cuaresma, una abundancia de alimento celeste. El hambre es un hambre sobre todo de la Palabra de Dios. También es muy característico. Durante la Cuaresma, la Iglesia celebra una liturgia de la Palabra muy rica. Cada día la misa es

3 Mateo 24,40.

propia: páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento cantos de meditación, oraciones concretas y renovadas.

En el contexto de la práctica de la oración durante la Cuaresma no podemos dejar de referirnos a la atención que deberíamos prestar a la oración de los salmos, particularmente de aquellos (como el 19, el 21, el 91 y el 119) que nos estimulan a vivir en comunión con la pasión redentora de nuestro Salvador.

Hoy

A partir del domingo de Pasión, el versículo del salmo invitatorio repite, con más fuerza que nunca:

> Ojalá escuchéis hoy su voz:
> «No endurezcáis el corazón».

Este versículo se dirige a cada uno de los que oran. Esta voz es la voz de Dios.

Evocación del suceso de Masá y Meribá, porque el día de la tentación en el desierto –día en que el mismo Jesús vivió en el Djebel Karantal– ¡es hoy el nuestro!

Somos nosotros quienes oímos la voz de Dios, los arrancados a la esclavitud de Egipto, sumergidos en las aguas del bautismo, los que avanzamos hacia la Tierra verdaderamente prometida, ceñidos los lomos como viajeros.[4] También somos nosotros los que estamos en el desierto.

Los acontecimientos de la salvación nos atañen.

Las condiciones de la salvación son siempre las mismas.

> Por eso dice el Espíritu Santo: «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como cuando la rebelión, en el día de la prueba en el desierto, cuando me pusieron a prueba vuestros padres, y me provocaron, a pesar de haber visto mis obras cuarenta años. Por eso me indigne contra aquella generación y dije: Siempre tienen el corazón extraviado; no reconocieron mis caminos, por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso».
>
> Heb 3,7-11

Así comenta la epístola a los Hebreos. Y continúa:

4 1 Pedro 1,13; 2,12.

> ¡Atención, hermanos! Que ninguno de vosotros tenga un corazón malo e incrédulo, que lo lleve a desertar del Dios vivo. Animaos, por el contrario, los unos a los otros, cada día, mientras dure este *hoy*, para que ninguno de vosotros se endurezca, engañado por el pecado.
>
> Heb 3,12-13

Para vencer hoy, «somos partícipes de Cristo»,[5] que venció como Jefe del Cuerpo del que somos miembros. El Pueblo que estaba en el Sinaí no entró en la Tierra prometida («¡jamás entrarán en mi reposo!») y el texto continúa, mostrando que todo el designio de Dios prosigue y que cada uno de los cristianos está comprometido en él:

> Puesto que, según esto, quedan algunos por entrar en él, y los primeros que recibieron la buena noticia no entraron por su rebeldía, Dios señala otro día, *hoy*, al decir mucho tiempo después, por boca de David, lo antes citado:
>
> Heb 4,6-7

En el fondo, la epístola subraya la actualidad arrebatadora de la santa liturgia.

Es hoy cuando Dios nos ama, hoy cuando nos llama, cuando se acerca. Es hoy cuando le respondemos, cuando nos comprometemos. ¡Hoy es la Eternidad!

La liturgia de Navidad nos lo hace oír. Desde la Vigilia, el introito nos advierte repitiendo la Palabra dicha al Pueblo en el desierto:

> Esta tarde sabréis que es el Señor quien os ha sacado de Egipto y mañana veréis la gloria del Señor.[6]

El introito de la misa de la noche pronuncia la misma Palabra del Padre:

> Voy a proclamar el decreto del Señor; él me ha dicho: «Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy».[7]

---

5 Hebreos 3,14.
6 Éxodo 16,6-7.
7 Salmos 2,7.

En la celebración solemne de la Cena, la noche del Jueves Santo, se añade audazmente una palabra a la oración que introduce la consagración del pan:

> La víspera de sufrir su Pasión por nuestra salvación y la de todos los hombres –es decir hoy–...

En el prefacio de Pentecostés, la Iglesia alaba al Padre Santo, por Cristo nuestro Señor,

> Él que, después de haber subido a los cielos y haberse sentado a vuestra diestra, derrama hoy sobre vuestros hijos adoptivos el Santo Espíritu que les había prometido.

La Cuaresma nos introduce con realismo en este «hoy de Dios».[8]

Y por fin, la liturgia nos presenta sucesivamente todas las demás cuarentenas santas: la de Moisés, la de Elías, así como la evocación de Jonás.

Hasta que en la noche de Pascua, todos estos temas se entrelazan unos con otros, desde el Cordero inmolado a la liberación de Egipto por el paso del mar, de la columna de luz que sugiere el cirio pascual, hasta la bendición de las fuentes bautismales.

Tomando el gran cirio que representa aquí a Cristo-Luz, el sacerdote lo sumerge progresivamente tres veces en el agua, como Jesús se sumergió en el Jordán, y canta:

> Que descienda a las profundidades de esta fuente el poder del Espíritu Santo.

Así actualiza la Iglesia las otras cuarentenas bíblicas.

En la cumbre de su año de fiesta, a la plena luz de los cuarenta días de la consumación, la Iglesia está preparada para la suprema oración: «VEN, SEÑOR JESÚS, VEN».

8 Titulo de un libro del Hermano Roger de Taizé.

Conclusión

Bebe en las dos copas del Antiguo y del Nuevo Testamento, te saciarás de Cristo...

Nuestro libro no es una obra de exégesis, sino una reflexión religiosa que tiende a desmenuzar la significación bíblica de los cuarenta días, cuando se trata de un solo hombre, y de los cuarenta años cuando el plazo concierne a todo un pueblo.

Estos diversos períodos se refieren a la alianza de Dios con los hombres.

¿Su clima? Desierto, ayuno, penitencia antes de la Resurrección, abundancia, luz, alegría en su última consumación. Antes y después de la Resurrección, los cuarenta días son un tiempo especialmente privilegiado de gracia, hecho para acoger la Palabra pronunciada por Dios.

La Iglesia reitera este signo bíblico en su Cuaresma anual, para renovar en Pascua la alianza nueva y eterna con el Padre, en la muerte y Resurrección de Jesús.

La Cuaresma es herencia del desierto, pero el período pascual es herencia de los cuarenta días de la consumación. La liturgia de Pascua en la Ascensión celebra, en efecto, la Eucaristía, acoge a su Señor, aprende los misterios del Reino que debe anunciar al mundo, en medio de infatigables aleluyas, ¡esperando que Él vuelva en la gloria!